

el AMOR es como la YUCA

Zonia
Esmeralda
Santana



EDITORES



EDITORES

El amor es como la yuca

Zonia Esmeralda Santana

Zonia Esmeralda Santana
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2026
PRIMERA EDICIÓN en Sultana del Lago

ISBN: 978-980-18-7818-6
Depósito Legal: ZU2026000062

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

Diseño de portada:
Luis Perozo Cervantes

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre Derecho de Autor, queda prohibido la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *et al.*, constitutivos estos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

*A mis amigos, quienes con su confianza fueron la tinta
invisible que hizo posible cada página de este libro, esta
victoria también es de ustedes.
A mi Luci que siempre esta presente en mi corazón.*

Sanando yo, sana mi linaje

“Yuca buena” vs. la “yuca mala”

La yuca y las relaciones de pareja están tiernamente ligadas como símbolo de calidad. ¿Cómo se ve una relación “tierna” y “suave”, fácil de cocinar, de disfrutar, frente a una “dura” y “fibrosa” (difícil, que no funciona, que no alimenta)? sin olvidar que existen también algunas yucas no clasificadas para consumo humano que tienden a ser tóxicas como algunos amores cuando no sabemos escogerlos.

*“Si amarte significa hacer a un lado mi amor propio, mi
vínculo contigo es tóxico: no me interesa”*

Walter Riso

Prólogo

El amor y las relaciones, al igual que la yuca, necesitan un proceso de preparación y madurez. Imagina que el amor no es un producto listo para consumir, sino una yuca recién cosechada. Antes de que pueda nutrirte y ser deliciosa, necesita una serie de pasos:

Pelar la Yuca, o Quitar las Máscaras: En la yuca, esto implica quitar la corteza áspera y la capa rosada interna. Si no se hace bien, la yuca puede amargar o ser tóxica.

En el amor, “pelar” significa deshacerse de las capas superficiales, los prejuicios y las expectativas irreales que traemos de experiencias pasadas. A menudo, creemos que con solo cumplir un “checklist” seremos felices, pero este camino lleva a relaciones nefastas y lo sé por experiencia propia.

Pelar la yuca en una relación es un acto de vulnerabilidad: es atreverse a mostrarnos tal cual somos, con nuestras imperfecciones, y permitir que la otra persona haga lo mismo. No se puede construir una relación profunda si no se “pelan” esas primeras capas para llegar a la esencia de la persona, sin caretas.

Como dice el psicólogo Walter Riso: “Sabrás que te aman de verdad cuando puedas mostrarte como eres sin miedo a que te lastimen”. Cuando amas y eres amado, eres capaz de ser quién eres sin miedo alguno.

El Momento de “Sancochar” o Cocinar: En la yuca, este proceso requiere tiempo, el fuego adecuado, la cantidad justa de agua y sal para que se ablande y se vuelva tierna. Si se cocina muy rápido o sin paciencia, queda dura o se deshace.

En el amor, el “sancochado” representa la paciencia, el tiempo y la dedicación necesarios para que una relación madure. No se trata de forzar las cosas. Implica construir confianza, aprender a comunicarse, superar desacuerdos y ver cómo ambos crecen juntos. Es el proceso de conocerse a fondo, de ver al otro en sus buenos y malos momentos, y de decidir si la relación puede “ablandarse” y ser nutritiva para ambos. Es entender que hay momentos de ebullición y momentos de reposo, y que cada fase es necesaria para el resultado final.

La “Prueba del Tenedor” y la Resiliencia: En la yuca, después de un tiempo, se inserta un tenedor para ver si está lo suficientemente blanda. A veces, a pesar de todo, una yuca simplemente no se ablanda o está fibrosa y, en algunos casos, resulta tóxica.

“No idealices al ser amado; míralo como es, crudamente y sin anestesia”. Walter Riso

CAPÍTULO 1

Apariencias

*El amor no se ve con los ojos, se ve con el
alma...*

La Yuca de Beatriz...

Imagínate a Beatriz, una mujer de unos treinta y picos, maracayera de pura cepa, vive con su mama y su hija en las delicias, su hija producto de su amor universitario que no cuajo, pero si le dejo una preciosa niña.

Bea es esa amiga que siempre está impecable, con el cabello bien arreglado, la ropa combinada y una sonrisa perfecta, “bueno paredes afuera” o en sus redes, todo es armonía: los domingos de playa en Cata, las reuniones con las amigas en un café de la Arboleda, la cachapa con queso de mano en San jacinto. Pero por dentro, Bea es un manojo de miedos y expectativas no dichas ni hechas. Bea como la conocen sus amigos es el vivo ejemplo de lo que pasa cuando no quieres “pelar la yuca” en una relación.

Ella siempre ha tenido parejas “ideales” en apariencia. Hombres profesionales, con buen carro, educados. Como ese último, Rodolfo. Él era “la yuca perfecta” en el puesto del Mercado Libre: grande, de buen color, y que al darle un golpe seco, sonaba macizo. Rodolfo era amable, detallista, y siempre tenía la palabra justa para cada ocasión. Bea se sentía orgullosa de él, de presentarlo en las reuniones familiares en la casa de la abuela y sobre todo con su circulo de amigas que solo la criticaban cuando ella se daba la vuelta pero que en el fondo querían ser como ella.

El Miedo a la Vulnerabilidad:

La “Cáscara” de Bea

El problema de Bea no era solo que no sabía escoger la yuca en el mercado, sino que tampoco se atrevía a quitarse su propia cáscara. Ella había aprendido desde pequeña a ser “fuerte”, a no mostrar debilidad. Una mala experiencia en la universidad, donde un ex la expuso, la hizo construir un muro inquebrantable. Para ella, “pelarse” era sinónimo de exponerse a ser lastimada de nuevo.

Nunca le contaba a Rodolfo sus verdaderos sueños, expectativas, miedos a fracasar, ni las noches de insomnio cuando se sentía abrumada por el trabajo y las cuentas por pagar, para ninguna es un secreto que las cuentas por pagar siendo madre soltera es un constante dolor de cabeza y mas sabiendo que debía cumplir con muchos estándares que ella misma se había puesto. Siempre respondía “todo bien, mi amor” o “estoy feliz” aunque por dentro tuviera un nudo, su mascara era la alegría. Prefería hablar de cosas superficiales: la próxima escapada a la Colonia Tovar, el nuevo restaurante de sushi en las Delicias, o lo ultimo en tecnologia que claramente en muchos casos no podia pagarse. La relación se mantenía en esa primera capa, pulcra y brillante, pero sin profundidad. Rodolfo la llenaba muchas veces de regalos y luego le hacia ghosting por un mes y aparecia de repente de la nada con regalos costosos y una sonrisa cínica que solo Bea se creía, la quería por esa versión “perfecta” que ella le mostraba, no por la mujer real con sus cicatrices y vulnerabilidades.

No Querer “Pelar” al Otro:

Las “Hebras” Ignoradas de Rodolfo

Así como Bea no se pelaba a sí misma, tampoco se atrevía a “pelar” a Rodolfo. Al principio, había pequeñas señales, como esas “hebras” ocultas en la yuca que te avisan que podría no estar tan buena. Rodolfo, por ejemplo, siempre evitaba hablar de su familia, de su pasado. Cuando Bea intentaba indagar un poco más, él cambiaba de tema con una sonrisa o una broma. Ella, por no “aguar la fiesta” o por miedo a descubrir algo que rompiera su imagen de “hombre perfecto”, dejaba pasar esas señales, quizás por no estar sola...

Ignoró que Rodolfo era evasivo con sus planes a largo plazo, que nunca la incluía en su círculo de amigos más íntimo o familia, o que a veces, en medio de una conversación, se le escapaba un comentario cínico sobre el amor y el compromiso. Bea justificaba: “Es su forma de ser”, “Está bromeando”, o “Debe ser que no está acostumbrado a hablar de eso”. No quería meterle el cuchillo a la yuca para ver si estaba tierna por dentro, prefería quedarse con la apariencia exterior, esa que se veía tan bien en las fotos de redes sociales.

El Amargo Sabor de las Hebras:

Cuando la Yuca se Resiste

Las semanas se convirtieron en meses, y las “hebras” ignoradas de Rodolfo no desaparecían; de hecho, parecían volverse más gruesas, más evidentes. La sonrisa con la que cambiaba de tema

ahora le parecía forzada, casi una mueca. Las bromas sobre el compromiso se tornaron hirientes, dejando un eco frío en el corazón de Bea cada vez que los escuchaba. Ya no eran solo comentarios al aire, sino puyas directas a su deseo de un futuro juntos.

Un sábado, mientras Bea preparaba una cena especial y soñaba con una noche de confesiones y planes, Rodolfo anunció que no podría ir. “Surgió algo con los panas, lo siento”. No hubo más explicación, solo un vago “mañana te llamo”. Esa noche, mientras las velas se consumían y la comida se enfriaba, Bea sintió el primer escalofrío de una soledad diferente, una que no era la ausencia física, sino la emocional. La yuca, que parecía tan lozana por fuera, empezaba a mostrar signos de podredumbre interna.

Intentó justificarse una vez más: “Quizás está bajo presión en el trabajo”, “Es que necesita su espacio”. Pero estas excusas sonaban huecas incluso para ella. Había algo en su interior que le gritaba que la situación era insostenible. La yuca no solo tenía hebras, sino que se estaba endureciendo, volviéndose incomedible. Ya no era solo una cuestión de no querer “pelar” al otro; ahora, la yuca, por sí misma, se negaba a ser tierna. Bea empezó a notar cómo su propia luz se opacaba en presencia de Rodolfo. Sus sueños se veían empañados por la incertidumbre y su alegría genuina era reemplazada por una constante ansiedad. Empezó a preguntarse si esa “yuca perfecta” de Instagram

era realmente lo que quería en su vida. La idea de “meter el cuchillo” ya no le parecía una amenaza, sino una necesidad imperiosa. Tenía que descubrir qué había debajo de esa piel lisa, incluso si lo que encontraba no era lo que esperaba.

El Cuchillo y la Verdad Desnuda

El punto de inflexión llegó una tarde lluviosa. Bea había pasado el día entero dándole vueltas a las palabras no dichas, a las ausencias inexplicables, a esa sensación persistente de que estaba aferrándose a una ilusión. Miró su reflejo en el cristal empañado de la ventana y se dio cuenta de que la persona que veía ya no era la Bea vibrante y esperanzada que Rodolfo había encontrado al inicio. Estaba demacrada, sus ojos reflejaban la frustración de un amor que solo existía en el Instagram. Decidió que ya no podía más. No quería seguir comiendo una yuca con hebras, por muy bonita que se viera. Era hora de meter el cuchillo y ver qué había dentro.

Cuando Rodolfo finalmente apareció esa noche, con su sonrisa habitual y una excusa trivial por su retraso, Bea lo interrumpió antes de que pudiera terminar. “Necesitamos hablar, Rodolfo”, dijo, con una calma que la sorprendió incluso a ella misma. La sonrisa de él se desvaneció lentamente, reemplazada por una expresión de incomodidad.

Las preguntas de Bea ya no eran tentativas. Abrió todas las “hebras” que había ignorado: su evasión sobre el futuro, su familia, sus planes, la falta de

inclusión en su vida, los comentarios cínicos. Por primera vez, no hubo bromas ni desvíos. Rodolfo la miró, y por un instante, Bea vio más allá de la máscara del “hombre perfecto”. Vio el miedo, la inmadurez, y una profunda incapacidad para el compromiso.

Él no tenía respuestas convincentes. Balbuceó algunas excusas, intentó minimizar los problemas, pero ya no había terreno para sus justificaciones. Bea lo escuchó, pero ya no con la intención de creerle, sino de entender.

“Creo que esto no va a funcionar”, dijo Bea, su voz firme, aunque el corazón le dolía. Rodolfo, al ver que su fachada ya no servía, no intentó detenerla. Quizás, en el fondo, también estaba cansado de mantener esa apariencia.

Al día siguiente, Bea se despertó con una extraña sensación de ligereza. La yuca de Rodolfo, con todas sus hebras y su dureza, ya no estaba en su cocina, ni en su vida. Había dolido el corte, sí, pero el cuchillo había liberado algo más importante: la verdad. Y con la verdad, la posibilidad de encontrar una yuca diferente, una que sí estuviera dispuesta a ser pelada, y que fuera tierna y nutritiva por dentro. La lección estaba aprendida: la apariencia nunca debería prevalecer sobre la esencia.

Algunas veces, las lecciones más duras son las más difíciles de integrar, especialmente cuando hay patrones de comportamiento arraigados o miedos profundos involucrados.

¿Aprendió Bea?

A pesar del dolor y la revelación, Bea podría no aprender porque “Él miedo a la soledad sigue siendo fuerte”. Si su justificación inicial para ignorar las “hebras” fue “por no estar sola”, este miedo no desaparece automáticamente con la ruptura. Podría llevarla a buscar la próxima “yuca perfecta por fuera” ignorando las banderas rojas. Muchas veces repetimos ciclos de relaciones disfuncionales porque hay patrones en el subconsciente que nos lleva a ello, o por la idea de que no lo merecemos. **El no mirar adentro**, aunque el desenlace fue una revelación, la verdadera lección viene de una introspección profunda sobre por qué ella ignoró esas señales. Si no nos tomamos el tiempo para entender nuestras propias motivaciones y miedos, es probable que caigamos en la trampa una y otra vez.

La idealización del “amor de fachada”

La sociedad actual a menudo refuerza la idea de relaciones que “se ven bien” en lugar de relaciones que “se sienten bien”. Si Bea sigue priorizando la imagen sobre la sustancia, la lección será pasajera. Es una conclusión cruda, pero honesta. El “cuchillo” en la yuca de Rodolfo pudo haber revelado la verdad sobre él, pero la verdad sobre Bea y su forma de relacionarse, sus miedos y sus expectativas, es una yuca que ella misma tiene que “pelar” en su propio proceso de autoconocimiento. El tiempo, para Bea, no fue un maestro, sino un simple cronómetro. La he-

rida de Rodolfo cicatrizó en la superficie, pero la lección no echó raíces.

Al poco tiempo, la incomodidad de la soledad y la presión de lo que “debía ser” en su vida la empujaron de nuevo a la búsqueda. **Tropezar con la misma piedra no es tropiezo es querer...**

Y apareció Andrés.

Al principio, Andrés parecía la versión mejorada de Rodolfo. Era encantador, atento en los primeros encuentros y, lo más importante, su vida también se veía impecable en las redes sociales. Las fotos que subía con él, sonriendo en restaurantes de moda o en viajes cortos, llenaban el vacío que había dejado la “yuca de Instagram” anterior. Bea se convenció a sí misma de que **esta vez sería diferente**. Había aprendido, ¿no? Se decía que sí, pero su mente se enfocaba de nuevo en la apariencia, no en la esencia.

De nuevo en la apariencia, no en la esencia.

Las “hebras” no tardaron en aparecer. Andrés también era vago con su futuro, esquivaba las conversaciones sobre su pasado familiar y, aunque no era cínico, tenía una forma peculiar de evitar la intimidad emocional profunda. Siempre había una barrera, un muro invisible que Bea no se atrevía a cruzar. Cuando ella intentaba acercarse demasiado a sus verdaderos sentimientos o a sus planes más íntimos, Andrés, al igual que Rodolfo, cambiaba de tema o la distraía con alguna nueva aventura o regalo.

Bea se vio atrapada en un ciclo familiar. Esa voz interior que le gritaba que algo no estaba bien,

que esa yuca, por fuera tan atractiva, tenía las mismas hebras internas, era silenciada por el miedo a volver a estar sola y el deseo de mantener esa imagen perfecta. Justificaba sus acciones, minimizaba las señales, y se decía que “todas las relaciones tienen sus detalles”. No quería “pelar” a Andrés, no quería ver la verdad, porque eso significaría admitir que no había aprendido y que el dolor de las rupturas anteriores, habían sido en vano, la “yuca” de Andrés estaba en su mesa, luciendo impecable, pero Bea ya sentía el amargo sabor de las hebras que no se atrevía a quitar. La historia no se repetía; simplemente, nunca había terminado.

La Auténtica Peladura:

El Camino de Bea hacia Sí Misma

Para que Bea deje de buscar “yucas” que se ven bien por fuera, pero están llenas de hebras por dentro, necesitaría abordar las raíces de su patrón, que parecen estar en el miedo a la soledad y en la necesidad de validación externa. Esto implicaría una combinación de acciones y reflexiones profundas que finalmente rompan el ciclo, no bastará con cambiar de pareja, ni con la superficialidad de las redes sociales. El cambio debe venir de adentro, de una auténtica “peladura” personal.

Es un proceso que rara vez es rápido o fácil, pero es el único que puede ofrecerle una libertad duradera.

Despertar de Bea:

Sembrando las Semillas de un Nuevo Comienzo

El camino hacia la nueva Bea no fue una revelación súbita, sino un proceso gradual, doloroso a veces, pero profundamente liberador. No fue una decisión tomada de un día para otro, sino la acumulación de pequeñas manifestaciones, de reconocer el cansancio de repetir el mismo guion con diferentes actores.

La primera chispa, el verdadero punto de inflexión, llegó una tarde mientras observaba a su hija dibujar. La niña, con la naturalidad de la infancia, garabateaba un sol enorme y brillante, ajena a cualquier imperfección. Bea se vio a sí misma en ese dibujo, buscando la perfección en el exterior, cuando la verdadera luz, la propia, se había opacado. Se dio cuenta de que si ella no aprendía a amarse y valorarse a sí misma, ¿qué le estaba enseñando a su hija sobre el amor? Ese pensamiento la golpeó más fuerte que cualquier ruptura.

La Soledad Elegida

Decidió cortar con el ciclo de relaciones breves. Por primera vez en mucho tiempo, se negó a llenar el vacío con otra persona. Fue incómodo, solitario en un principio. Las noches eran largas, y el silencio, a veces, era ensordecedor. Pero en ese silencio, empezó a escuchar su propia voz, la que había ignorado por tanto tiempo. Se permitió sentir la tristeza, la frustración, y sí, también el miedo a la soledad. Fue como pelar la yuca de

su propia vida, quitando capa tras capa de expectativas externas y buscando su verdadero centro.

El Reencuentro con sus Raíces y Consigo Misma

Comenzó a pasar más tiempo de calidad con su madre. Ya no eran solo conversaciones superficiales; hablaban de sus miedos, de sus historias de amor y desamor. Bea comprendió las presiones que su madre había enfrentado y vio cómo, a pesar de todo, había encontrado formas de resiliencia. Esta conexión le dio una nueva perspectiva sobre la fuerza femenina y el verdadero significado del apoyo.

Su hija se convirtió en su mayor motivación. Cada vez que la veía, recordaba el compromiso de ser un ejemplo de amor propio.

Se esforzó por mostrarle una mujer fuerte, independiente y feliz consigo misma, más allá de la presencia de una pareja. Las conversaciones con su hija se volvieron más profundas, centradas en el valor intrínseco de cada persona.

Este camino de “ver de sí misma” no solo transformó su apariencia, sino su interior. Aprendió a identificar y rechazar las “hebras” no solo en otros, sino en sus propias creencias limitantes. Empezó a entender que la mejor “yuca” que podía cultivar era la que nacía y crecía dentro de ella. La superficialidad de Instagram ya no la atraía; ahora buscaba la autenticidad, primero en sí misma, y solo entonces, quizás, en otro ser humano.

La Elección de la Yuca Auténtica:

La Nueva Fortaleza de Bea

Una vez que Bea ha recorrido este camino de autodescubrimiento y empoderamiento, el desafío no será volver a encontrar a alguien, sino saber escoger la buena yuca. Su transformación ha alterado radicalmente sus prioridades y su percepción del valor.

Amar su soledad, una fortaleza mal interpretada. Bea ya no busca a alguien para llenar un vacío, sino para complementar una vida que ya está plena. Ha aprendido a amar su soledad, no como una carga, sino como un espacio sagrado de paz y crecimiento personal.

El verdadero desafío para Bea será encontrar a alguien que esté a su mismo nivel de madurez emocional y empoderamiento, a alguien que no solo admire la “yuca” que es, sino que también esté dispuesto a cultivar su propia “yuca” interna con la misma dedicación y transparencia.

La Yuca Justa y el Amor Verdadero

El camino de Bea hacia la plenitud fue largo y, a veces, solitario, pero invaluable. Aprendió que la verdadera “peladura” no era solo quitar la piel de la yuca, sino sanar las heridas internas que la impulsaban a conformarse. Con el tiempo, la soledad dejó de ser un vacío para convertirse en un espacio de paz, un jardín donde cultivaba su propia esencia. Se convirtió en la “yuca” más nutritiva para sí misma.

Un día, cuando ya no buscaba, apareció Javier, Javier no era el hombre de las fotos perfectas en Instagram. No tenía una sonrisa forzada ni historias evadidas. Era un hombre con sus propias cicatrices, que había hecho su propio trabajo interno. Desde el primer momento, hubo una autenticidad palpable en él. Hablaba de su familia con cariño y de su pasado con una honestidad refrescante, sin drama ni evasión. Sus planes a futuro eran claros, y aunque no siempre encajaban perfectamente con los de Bea, había una voluntad genuina de construir juntos, de encontrar un punto medio.

Bea, ahora con su “cuchillo” interno bien afilado por la terapia y el autoconocimiento, se permitió observarlo sin la ansiedad de “tener que estar con alguien”. Cuando notaba una “hebra” —porque toda persona las tiene—, no la ignoraba. Con calma y desde un lugar de seguridad, preguntaba, exploraba, y Javier respondía con transparencia. Había un respeto mutuo por la verdad, por la esencia de cada uno. Lo que más impactó a Bea fue su seguridad. Javier no se sentía amenazado por su independencia, ni por el amor incondicional que Bea sentía por su hija. Al contrario, lo admiraba. Cuando ella hablaba de sus logros en el gimnasio o de sus nuevos proyectos personales, él la escuchaba con genuino interés y la animaba a seguir creciendo. Entendía que una mujer fuerte y plena no restaba, sino que sumaba.

La relación con Javier no fue un cuento de hadas sin problemas, pero era diferente. Las discusiones eran oportunidades para el crecimiento, no para la huida. La vulnerabilidad era una fortaleza, no una debilidad. Bea ya no sentía la necesidad de “pelar” a Javier con desconfianza, sino de explorarlo con curiosidad y amor, sabiendo que lo que encontraría, incluso si no era perfecto, sería real y nutritivo.

Un día, mientras preparaban la cena juntos, Javier pelaba una yuca para sancocho. Con destreza, quitaba la piel rugosa, y las pocas hebras que encontraba, las retiraba con paciencia. Bea lo observó, sonriendo. Había aprendido que el amor verdadero no era encontrar una yuca sin hebras, sino encontrar a alguien que supiera cómo pelarlas con cuidado, y a la vez, amara la pureza que quedaba por dentro. Ella, por fin, era esa persona.

La historia de Bea en “El Amor es Igual que la Yuca” es un espejo fascinante de las complejidades de las relaciones humanas y, más profundamente, de nuestro propio viaje de autodescubrimiento. A través de la vívida

La Yuca Perfecta: Una Ilusión Peligrosa

Inicialmente, Bea busca la “yuca de Instagram”, esa pareja que se ve impecable por fuera, que cumple con las expectativas sociales y que parece prometer una vida sin problemas. Esta búsqueda de la perfección superficial es un reflejo

de nuestra era, donde la imagen a menudo eclipsa la sustancia. La historia nos enseña que ignorar las “hebras” iniciales, esas pequeñas señales de advertencia, no hace que desaparezcan; solo permite que se enreden y se endurezcan con el tiempo, haciendo la relación cada vez más incombible. La negación, impulsada por el miedo a la soledad o a la verdad incómoda, es el primer paso hacia la infelicidad.

El Miedo a Pelar y la Yuca Propia

La resistencia de Bea a “pelar” a Rodolfo y luego a Andrés no era solo sobre ellos, era sobre ella misma. El relato subraya que a menudo evitamos confrontar las imperfecciones en los demás porque eso nos obligaría a confrontar nuestras propias inseguridades y miedos. El miedo a la soledad es una fuerza poderosa que puede llevarnos a aceptar menos de lo que merecemos, justificando lo injustificable para no quedarnos solos.

CAPITULO 2

DE ALIMENTO A VENENO

*Y de repente, un día, te das cuenta de que lo
que una vez te alimentó ahora solo te aboga.*

Laura siempre había sido sinónimo de brillo y propósito. Desde pequeña, supo que su camino era la medicina, al salir de bachillerato se vino a maracay a estudiar medicina. Con una mente aguda y una empatía innata, se graduó con honores y comenzó su residencia, soñando con una carrera que sanara no solo cuerpos, sino almas. Fue en el hospital donde conoció a Marcos, un prometedor cirujano, brillante y ambicioso, que parecía compartir su pasión por la vida y la ciencia. Su conexión fue inmediata, un torbellino que la hizo sentir comprendida y amada como nunca antes. Marcos era la yuca perfecta, por fuera, pulcra y prometedora.

Se casaron y, poco después, Laura quedó embarazada. La llegada del bebé fue un momento de inmensa alegría, pero también el punto de inflexión. Marcos, cuya carrera despegaba vertiginosamente, le “sugirió” que sería lo más “práctico” que ella se tomara un tiempo, que la medicina podía esperar, que el bebé la necesitaba a tiempo completo. Laura, enamorada y agotada por el posparto, accedió. Su bata blanca dio paso a los pañales y las noches sin dormir, no por guardias en el hospital, sino por la demanda incesante de un recién nacido.

Los meses se convirtieron en años. Marcos prosperó, su nombre se hizo conocido en los círculos médicos, su figura se volvió más esbelta, su éxito, más evidente. Laura, en cambio, se fue disolviendo.

El estrés, la falta de sueño y la depresión posparto, que nunca fue abordada, la llevaron a descuidar su alimentación y su propio cuerpo. Los kilos se acumularon, su ropa dejó de quedarle y la confianza que alguna vez tuvo se fue desvaneciendo. Su vida, que antes giraba en torno a salvar vidas y aprender, ahora se reducía a las tareas del hogar, las citas del bebé y la gestión de la agenda de Marcos.

Marcos, por su parte, se volvió una yuca amarga con el tiempo. El brillo inicial se transformó en un cinismo sutil. Cada vez que Laura insinuaba retomar su carrera, él la desanimaba con comentarios como: “Ya estás desactualizada, el mundo de la medicina avanza muy rápido”, o “Nadie va a confiar en una médica que no se cuida a sí misma”. No solo la opacaba, sino que la empujaba más hacia el rol de ama de casa, casi obligándola a permanecer en la sombra de su propia vida, pulverizándola sin piedad. La carrera de Laura se había estancado, sus conocimientos se volvieron obsoletos, su identidad como médico se esfumaba. Ella, la yuca que soñaba con ser un alimento nutritivo, se había convertido en harina, sin forma, sin propósito propio, lista para ser usada solo para las necesidades de otro.

Años después, con su hijo ya adolescente y Marco cada vez más distante y absorbido por su éxito, Laura se miró al espejo. Vio el reflejo de una mujer que apenas reconocía: el peso extra, los ojos cansados, la chispa apagada. El arrepentimiento la golpeó como una ola fría.

Se arrepentía de haber dejado su carrera, de haberse descuidado a sí misma, de haber permitido que Marcos la redujera a la nada. La yuca que fue, firme y con sabor propio, se había desintegrado hasta convertirse en un puñado de polvo amargo, esperando ser usado para los fines de alguien más. La vida que había construido, bajo la “sugerencia” de Marcos, no era la suya. Había perdido su esencia en un amor que la había molido hasta el agotamiento.

El arrepentimiento de Laura, aunque profundo, tardó en catalizarse en acción. Era una sensación opaca, un lamento silencioso en el fondo de su ser. Pero el catalizador no llegó con una revelación emocional profunda, sino con algo mucho más tangible y humillante: el dinero negado.

Marco, inmerso en su ascendente carrera y cada vez más distante, empezó a ejercer un control económico sutil, pero férreo. Al principio, eran pequeñas cosas. Laura tenía que pedirle dinero para sus gastos personales, incluso para algo tan básico como un nuevo par de zapatos o un café con una vieja amiga. Las solicitudes se encontraban con suspiros, preguntas inquisitivas sobre la necesidad de ese gasto, o comparaciones veladas con lo que él ganaba y lo poco que ella “contribuía” monetariamente.

“¿De verdad necesitas eso, Laura? Ya no trabajas, sabes. Los gastos de la casa son muchos”, decía Marcos, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos, mientras compraba un nuevo teléfono de miles de dólares.

La humillación creció con cada negativa, con cada cuenta que Marco revisaba con desaprobación. Laura, una vez una profesional independiente, se sentía como una mendiga en su propia casa. Deseaba inscribirse en un curso en línea para actualizar sus conocimientos médicos, pero la respuesta de Marco fue tajante: “Es un gasto innecesario. ¿Para qué? ¿Para que trabajes media jornada y yo siga con todos los gastos grandes?”.

La situación llegó a un punto insoportable un martes por la tarde. El hijo de ambos, que empezaba la adolescencia, le pidió una pelota nueva para sus practicas de basket. No era un capricho, la suya estaba rota. Laura buscó en su bolso, pero apenas tenía unos pocos bolívares. Con la vergüenza quemándole el rostro, tuvo que pedirle el dinero a Marcos. Él, con su indiferencia habitual, le transfirió una cantidad mínima, recordándole que no se pasara del presupuesto “familiar”.

Fue en ese momento, viendo la decepción en los ojos de su hijo y sintiendo el nudo de la impotencia en el suyo, que Laura sintió una rabia fría y un dolor agudo que superaron cualquier arrepentimiento previo. No era solo por ella; era por la dignidad de su hijo, por el futuro que él merecía, por la mujer que ella había sido y que Marcos había molido hasta convertirla en un ser dependiente y silenciado. La yuca pulverizada había sido tan dócil que ni siquiera se dio cuenta de que le negaban el agua para respirar.

Esa noche, mientras Marcos dormía, Laura se levantó y se miró en el espejo del baño. Las lágrimas

cayeron, pero esta vez no eran de tristeza pasiva, sino de una furia silenciosa y de una determinación inquebrantable. El dinero, o la falta de él, se había convertido en la chispa, en el “cuchillo” que le recordaba la esencia que había perdido. Había dejado su carrera, había descuidado su cuerpo, había permitido ser oprimida, y ahora, ni siquiera podía comprarle una pelota a su hijo sin la aprobación de un hombre que había jurado amarla.

Fue en esa oscuridad que Laura se dio cuenta de la cruel verdad: no solo se había descuidado, sino que Marcos la había estado controlando y pulverizando sistemáticamente. Sus “sugerencias” para que dejara la medicina, sus comentarios despectivos sobre su desactualización y su peso, sus críticas veladas sobre su “no contribución” económica, todo era parte de un plan maestro para mantenerla pequeña, dependiente y a su sombra. La yuca pulverizada había sido tan dócil que ni siquiera se dio cuenta de que le negaban el aire para respirar.

Al día siguiente, con una resolución que no sentía desde sus años de estudiante, Laura tomó el teléfono. No llamó a su madre, no aún. Su primer paso fue un acto de rebelión silenciosa. Buscó en sus viejos contactos y encontró el número de la Dra. Elena Rojas, una de sus mentoras en la residencia. Con la voz temblorosa, pero firme, le preguntó si había alguna posibilidad de reincorporarse, de hacer una actualización, de volver a sentir el pulso de la medicina.

La respuesta de la Dra. Rojas fue una mezcla de sorpresa y alegría. ¡Laura! ¡Qué gusto escucharte! Claro que sí, hay un programa de reincorporación para médicos que han estado fuera. No será fácil, pero si tú quieres, hay un lugar para ti”. Esa conversación fue el primer sorbo de agua para la yuca reseca.

Laura comenzó a estudiar en secreto, por las noches, cuando Marcos dormía. Desempolvó sus viejos libros, se sumergió en artículos científicos y se sentía viva de nuevo. Su mente, que había estado adormecida por años de rutina doméstica, se encendía con cada nuevo conocimiento.

Cuando finalmente se sintió lista, Laura confrontó a Marcos. “He decidido volver a trabajar”, le anunció una noche en la cena, con una calma que lo descolocó. Marcos, acostumbrado a su docilidad, reaccionó con una mezcla de incredulidad y furia. “¡Estás loca! ¿Quién va a cuidar la casa? ¿Y el niño? ¡Ya estás desactualizada! ¿Crees que alguien te va a contratar?” Intentó usar las mismas tácticas de siempre, pero esta vez, no funcionaron.

“Me actualizaré”, respondió Laura, mirándolo fijamente. “Y en cuanto a la casa y el niño, es hora de que tú también asumas tu parte. No soy tu ama de llaves, ni tu asistente personal. Soy médico y soy la madre de nuestro hijo”.

*Y cuando dejas de existir para ti
y solo existes para los demás...*

La historia de Laura es un claro ejemplo de empoderamiento y superación personal. Tras años dedicada a la rutina doméstica, decide retomar su carrera como médico, actualizándose en secreto y confrontando las expectativas y la resistencia de su pareja, Marcos. Su determinación por reincorporarse al ámbito laboral y exigir una distribución equitativa de las responsabilidades domésticas y de cuidado del hijo marca un punto de inflexión en su vida.

Tras la firme declaración de Laura, la tensión en el comedor fue palpable. Marcos intentó una vez más recurrir a sus viejas tácticas, pero se encontró con una Laura inquebrantable. Al ver que sus argumentos y su furia no surtían efecto, y quizás ante la calma decidida en los ojos de Laura, un silencio incómodo se apoderó de él. Esa noche, y en los días siguientes, la dinámica comenzó a cambiar de forma sutil pero significativa.

Laura, sin esperar permiso, empezó a organizar sus horarios de estudio con más formalidad, e incluso se inscribió en cursos de actualización profesional online durante el día. Compartió un calendario con Marcos, delineando las horas en que ella estaría ocupada y las responsabilidades que él necesitaría asumir. Inicialmente, Marcos se mostró renuente y hubo fricciones por las mañanas o las noches, cuando se le pedía preparar el desayuno del niño o ayudar con la cena. Sin embargo, Laura no cedió. Con paciencia, pero con una firmeza que él no conocía, le recordaba

constantemente: “Es tu parte, Marcos. Nuestro hijo también es tuyo y esta casa es de ambos”.

Poco a poco, y ante la inquebrantable determinación de Laura, Marcos se vio forzado a adaptarse. Descubrió que cuidar al niño y la casa no era tan abrumador como siempre había creído, y aunque al principio lo hacía a regañadientes, con el tiempo empezó a ver la cotidianidad desde una nueva perspectiva. La casa, lejos de derrumbarse, se mantenía, y el niño disfrutaba de más tiempo con su padre.

Meses después, Laura consiguió un puesto en una clínica, no era exactamente el mismo rol que tenía antes, pero era un inicio, una oportunidad para actualizarse en la práctica. Su regreso al trabajo, combinado con la nueva rutina doméstica compartida, transformó no solo sus vidas individuales sino también su relación de pareja. Marcos, aunque quizás nunca lo admitiría abiertamente, empezó a respetar la independencia y la capacidad de Laura de una forma nueva. La chispa en los ojos de Laura había regresado, y la casa, aunque ahora con responsabilidades compartidas, se sentía más como un hogar de verdad, construido por dos personas que, aunque a veces tropezaran, estaban aprendiendo a caminar juntas en una nueva dirección.

Marcos estaba acostumbrado a la docilidad de Laura y a que ella asumiera las responsabilidades del hogar y del niño por completo. Su reacción de incredulidad y furia cuando Laura decidió vol-

ver a trabajar y exigió que él asumiera su parte, demuestra su intento de control y su resistencia a una relación más equitativa.

Esta situación de desequilibrio y la presión de Marcos para mantener a Laura “desactualizada” y en un rol puramente doméstico, es lo que desgastaba a Laura y adormecía su mente. La acumulación de esta “yuca” de desigualdad y control es lo que estaba llevando la relación a un punto donde todo lo positivo podría desmenuzarse, convirtiéndose en “harina” de resentimiento y estancamiento.

Nunca es tarde para retomar tus sueños y luchar por tu independencia, incluso si eso implica desafiar las expectativas y roles preestablecidos. También resalta la importancia de la equidad y la corresponsabilidad en las relaciones de pareja y en el hogar, mostrando que el respeto mutuo y el crecimiento personal benefician a todos los involucrados, llevando a una vida más plena y satisfactoria para ambos miembros de la pareja. Laura demuestra que el auto descubrimiento y la valentía para exigir un trato igualitario pueden transformar una rutina adormecedora en una vida vibrante y compartida.

“Laura se bebió su propia amargura y, con el corazón envenenado, decidió arrancar de raíz lo que la estaba matando.”

CAPITULO 3

BAJO LA MASCARA DEL AMOR

*El veneno de la yuca amarga no se siente
en el primer bocado, sino en el dolor lento y
devastador de cada día de la mentira.*

Oswaldo vivía su matrimonio con Mariángely como si fuera una obra de teatro. A los ojos de todos, eran la pareja perfecta. Él era un hombre de negocios exitoso, encantador, con una sonrisa fácil que tranquilizaba a la familia de ella. Mariángely, una mujer dulce y confiada, creía sinceramente que tenía al mejor hombre del mundo. Pero el telón se bajaba cada vez que Oswaldo salía de su casa.

Para Oswaldo, la lealtad y el compromiso no eran valores, sino herramientas. Su matrimonio le daba una fachada de respetabilidad, una vida ordenada que los demás admiraban, 15 años de casados con dos hijas caprichosas que eran los ojos de Oswaldo. Pero su verdadera vida, la que saciaba sus instintos más bajos, la vivía en las sombras. No sentía remordimiento. Para él, la mentira no era un acto de traición, sino una estrategia para conseguir lo que quería.

Su doble vida era meticulosa y fría. Tenía una oficina en el centro de la ciudad que apenas usaba, pero que era el escondite perfecto para sus encuentros con Darío. Con Darío quien fingía ser su chofer y mano derecha en su empresa, un joven despreocupado y en busca de aventuras, Oswaldo se sentía libre de las “cadenas” de su vida marital. En ese lugar, la intimidad era un juego de manipulación, donde Oswaldo era el único que ganaba, pero Darío no era el único. Oswaldo mantenía una red de amantes, hombres que

conocía en gimnasios, bares o a través de aplicaciones. Cada uno le ofrecía una gratificación diferente: poder, admiración, novedad. No sentía conexión emocional con ninguno de ellos; solo eran peones en su tablero.

Para mantener este juego, Oswaldo había comprado un apartamento en otro sector de la ciudad. Lo había justificado ante Mariángely como una inversión inteligente, un lugar que podrían alquilar en el futuro.

En realidad, era su santuario, un espacio donde podía ser el hombre sin ataduras que creía ser, sin miedo a ser descubierto. Era en ese apartamento donde podía darle rienda suelta a sus impulsos, sin que su conciencia le reprochara.

Mariángely, por su parte, vivía en la ignorancia. Oswaldo la manipulaba con cariño, le compraba regalos, la elogiaba constantemente. Cuando ella expresaba alguna duda o sentía que él estaba distante, él la hacía sentir culpable. “No seas celosa, mi amor, trabajo mucho para que no nos falte nada,” le decía, volteando la situación a su favor. Cada cierto tiempo las enviaba de vacaciones fuera de la ciudad para darle rienda suelta a sus deseos sexuales sin que su esposa e hijas sospecharan nada, se hacía pasar por un esposo y padre complaciente, nunca les negaba nada y eso hacía que Mariángely jamás pusiera en duda su papel como esposo ejemplar.

La verdad era que para Oswaldo, Mariángely y sus amantes eran dos mundos separados, ningun-

no de los cuales tenía un valor emocional real. Su vida matrimonial era una estructura que le daba seguridad y una imagen ante la sociedad. Sus otras relaciones eran una forma de alimentar su ego y saciar sus deseos sin ataduras. Oswaldo carecía de la empatía para entender el dolor que causaría si su fachada se rompiera, porque en su mundo, el único sentimiento que importaba era el suyo propio.

El eco de una mentira

La llamada llegó una tarde de martes, cuando la lluvia repicaba en los cristales de la ventana. Mariángely estaba en la cocina, escuchando música mientras preparaba la cena. El celular sonó. Corrió a responder ya que no sabía donde lo había dejado pensando que era el delivery del supermercado. “¿Mariángely?” La voz era femenina, ronca por la ansiedad. “Soy Diana. Siento mucho hacer esto, pero tienes que saberlo. Tu esposo, Oswaldo...”

El resto de las palabras se perdieron en un zumbido. Mariángely sintió que el suelo se le movía. La sopa, que hervía en la olla, de repente le pareció ajena. Las manos le temblaban tanto que tuvo que apoyarse en la encimera. Diana, la mujer de la otra línea, no era una extraña. Era la hermana de Darío, uno de los hombres con los que Oswaldo se había involucrado. Diana, angustiada por la depresión de su hermano y al borde de la desesperación, había decidido romper el silencio.

La voz de Diana no era una simple acusación, era un torrente de detalles que se clavaban como cuchillos en la mente de Mariángely. Le habló de encuentros en una oficina secreta, cuando las enviaba de viaje a ella y sus hijas, y de un apartamento en otro sector de la ciudad, un nido de mentiras comprado con el dinero que supuestamente era para un futuro juntos.

Mariángely colgó la llamada, sintiendo un frío que ninguna lluvia podía justificar. Se puso el abrigo y, sin pensarlo, tomó las llaves del carro. No sabía exactamente adónde iba, pero sus manos giraron el volante en una dirección que, en el fondo, su corazón ya conocía. La dirección del apartamento en el que Oswaldo había invertido, **Porque las mujeres siempre tenemos el sexto sentido, pero es mas fácil hacernos las pendejas cuando estamos cómodas.** pilar su madre siempre le decía que debía omitir comentarios que pudieran molestar al marido ya que hombres como Oswaldo no se encontraban a la vuelta de la esquina y debía cuidarlo.

Al llegar, las luces estaban encendidas. La camioneta de Oswaldo estaba estacionada justo en frente. El corazón de Mariángely se encogió, pero la rabia le dio la fuerza para seguir adelante. Subió las escaleras, con cada paso sintiendo que se le rompía un pedazo de alma. La puerta estaba entreabierta. Una risa, la de Oswaldo, se filtró por la ranura. Una risa que ella no reconocía. Entró sin hacer ruido, y lo que vio la golpeó con la fuerza de un huracán.

Oswaldo estaba en la sala, con una copa de vino en la mano, sentado en el sofá en ropa interior riendo con dos hombres. Uno era su socio gerente de recursos humanos y el otro su y que mejor amigo de la universidad la cual ella no había visto en años. Lo más impactante no fue la compañía, sino las palabras que salían de su boca, cargadas de desprecio. “Mariángely cree que estoy en una reunión importante, ja,” se burló, con la voz llena de sarcasmo. “La pobre es tan ingenua que se lo traga todo. Dice que está orgullosa de mí, de cómo ‘lucho’ por nuestro futuro. ¡Si supiera que la estoy usando! Este apartamento lo compré con el dinero que le dije que era para la cirugía de mi madre.”

El aire se le escapó de los pulmones. No era solo la traición, sino la malicia y el desprecio con el que hablaba de ella. Las risas de los demás resonaban en sus oídos. Un hombre en el sofá notó la presencia de Mariángely y su rostro se palideció. La risa de Oswaldo murió de repente. El silencio fue más ensordecedor que cualquier grito. Mariángely se limitó a mirarlo. No había lágrimas, solo un vacío infinito. No vio a su esposo, vio a un desconocido, un actor que había estado viviendo en su casa, comiendo en su mesa, y durmiendo a su lado.

“¿Quién eres tú?” susurró, y esa simple pregunta fue más devastadora que cualquier acusación. Se dio la vuelta y se marchó, sin esperar una respuesta. La lluvia se había intensificado, como si el

cielo quisiera lavar la suciedad de su vida. Mariángely caminaba, perdida, sintiendo en su corazón el eco vacío y helado de una mentira que acababa de romperse en mil pedazos...

La noche en que Mariángely se marchó de aquel apartamento, el mundo de Oswaldo se desmoronó, pero no de la forma que uno esperaría. No sintió remordimiento ni culpa por sus actos. Sintió rabia. Rabia porque su perfecta fachada se había roto y rabia por haber perdido el control de la situación. Sus “amigos” se dispersaron rápidamente, dejando a Oswaldo solo con su resentimiento. Él intentó llamarla, no para disculparse, sino para manipularla, para convencerla de que lo que vio era un malentendido o una broma de mal gusto. Pero Mariángely no respondió. El silencio de Mariángely fue la primera confrontación real que Oswaldo había tenido en su vida, y no supo cómo manejarla.

Mariángely, por su parte, encontró refugio en la casa de Pilar su madre. La noche del descubrimiento fue una mezcla de shock y dolor, no quiso del todo contarle lo que había descubierto de su padre solo lo disfrazó con que era una pelea marital pero a medida que los días pasaban, la rabia se transformó en una claridad fría y dura. El hombre que amaba no existía. Era un personaje, una invención. Con la ayuda de su familia, que la rodeó de amor incondicional, Mariángely comenzó a reconstruir su vida. Contrató a un abogado, congeló las cuentas bancarias que compartía con

Oswaldo y empezó a desentrañar la red de mentiras financieras que él había tejido.

La revelación de la doble vida de Oswaldo y su desprecio por Mariángely se extendió por su círculo social. Aquellos que lo admiraban se alejaron, no por empatía hacia ella, sino porque su imagen de éxito se había manchado. Las máscaras de Oswaldo cayeron una tras otra, dejando a un hombre aislado y solo, con su narcisismo herido y sin la audiencia que necesitaba para sentirse importante.

Al final, no hubo un enfrentamiento dramático ni una reconciliación forzada. El desenlace fue mucho más simple, y al mismo tiempo, más profundo: Oswaldo quedó solo con su verdadera naturaleza, y Mariángely, libre para ser ella misma de nuevo. La historia terminó con ella, ya divorciada, sentada a la orilla de la playa con su madre y sus dos hijas, riendo de nuevo. No era la risa de la inocencia, sino la de una mujer sabia y fuerte que había sobrevivido a un huracán y ahora estaba lista para reconstruir. La mayor victoria de Mariángely no fue la venganza, sino el acto de elegir su propia paz por encima de la mentira que había vivido.

La verdad siempre sale a la luz.

“El verdadero desenlace no depende de la mentira revelada, sino de la fuerza de la persona que la descubre”.

La vida de Oswaldo, construida sobre engaños, colapsó en el momento en que su fachada de respetabilidad se rompió. Sin la admiración de los

demás, quedó expuesto y solo, demostrando que su felicidad dependía de una mentira que no era sostenible. Su castigo no fue la venganza de Mariángely, sino la soledad de su propia naturaleza. Por su parte, Mariángely nos enseña que el dolor de la traición puede ser la llave a una libertad inesperada. Su historia no termina con el descubrimiento, sino con el inicio de su recuperación, probando que la verdadera victoria es reconstruir la vida propia con paz y dignidad, sin necesidad de confrontación o venganza. La moraleja final es que, al enfrentarse a la verdad, la fuerza del amor propio es la única que puede liberarte de las cadenas de una mentira.

“Al final, él fue arrastrado por el veneno de sus propias mentiras, mientras ella, con el corazón sanado, fue libre.”

CAPITULO 4

EL AMOR FUGAZ

“El amor con algunas personas es como la yuca cruda: se ve tan vibrante y deliciosa que te engaña, pero al probarla descubres que es dura, indigesta y te deja un sabor amargo en el corazón.”

En el teatro del amor, hay quienes buscan un compañero de reparto y hay quienes buscan una audiencia, buscando constantemente su necesidad de validación externa insaciable.

Las relaciones con ellas comienzan con una intensidad deslumbrante. Sus emociones parecen tan profundas, sus pasiones tan ardientes, que es fácil creer que has encontrado a tu alma gemela. Prometen un amor de película, y por un tiempo, lo sientes así. Pero pronto, el drama empieza a eclipsar el romance. La necesidad de atención se vuelve tan grande que cualquier cosa que no sea el aplauso constante se percibe como una traición.

El salón de la boda destellaba bajo las luces, pero los ojos de Iván solo tenían un punto de enfoque: Pierina. Llevaba un vestido rojo un tanto vulgar para la ocasión, parecía esculpido para ella y se movía con una gracia que hipnotizaba. Reía a carcajadas, conversaba con gestos exagerados y, cuando sus miradas se cruzaron, le lanzó una sonrisa tan magnética que Iván sintió que el mundo entero se detenía. A sus ojos, parecía una mujer de ensueño, segura de sí misma, apasionada y vibrante. Era un tesoro. Esa misma noche, Pierina le contó a Iván la historia de su vida con un dramatismo que lo cautivó. Habló de amores pasados con un ardor teatral, de sus sueños con una pasión desbordante y de su anhelo por encontrar a un hombre que le prometiera “bajar las estrellas”. Con cada palabra, Iván se convencía

más de que él era el hombre que ella buscaba. Le prometió el cielo, la luna y todo lo que ella deseaba oír.

La relación se encendió como un fuego artificial: brillante, ruidosa y espectacular. Los primeros meses fueron un torbellino de romance intenso, regalos extravagantes y declaraciones de amor apasionadas. Pierina necesitaba ser el centro del universo de Iván, y él, completamente enamorado, se lo concedía. Pero la chispa que la había atraído a él era la misma que la mantenía en constante movimiento.

El dramatismo de Pierina era desbordante y sin fundamento. Cualquier mirada de Iván a otra mujer, por inocente que fuera, se convertía en una escena de lágrimas y acusaciones de traición. Sus emociones cambiaban en un instante, pasando de la adoración a la histeria en cuestión de minutos. Iván, confundido, intentaba calmarla, sin entender que para Pierina, la emoción no era algo que se sentía, sino un espectáculo que se representaba para asegurarse de que toda su atención estuviera puesta en ella.

Pierina se alimentaba del drama, y el guion de su vida necesitaba giros constantes. La calma era su mayor enemigo, porque en el silencio, temía dejar de ser el centro de atención. El romance de la película se había convertido en una telenovela. Iván, agotado, intentaba constantemente apagar los incendios que ella misma provocaba, sin darse cuenta de que él era el combustible, el amor

que sentía por ella se estaba transformando en una carga muy pesada, quizás era amor, pasión, era mucha confusión.

La relación continuó por dos años, un ciclo interminable de picos de pasión y valles de desesperación. Los amigos de Iván lo veían apagarse, su energía drenada, su entusiasmo reemplazado por un miedo constante a provocar la siguiente escena de celos. Se había convertido en un actor secundario en su propia vida, un títere de los caprichos de Pierina.

El telón de la relación se vino abajo de la forma más banal posible. Una noche, Pierina llegó a casa histérica porque un amigo en común había subido una foto a Instagram en la que Iván salía riéndose junto a otra mujer. Aquella mujer era la jefa de Iván, y la foto era de una cena de trabajo. El drama que se desató fue tan grande que no había manera de aplacarlo.

Iván, por primera vez, no sintió miedo ni culpa. Solo sintió cansancio. Miró a Pierina, que lloraba desconsoladamente, y se dio cuenta de que ese era el mismo guion que había presenciado cientos de veces. No era una emoción real, era una actuación. En ese instante, Iván se dio cuenta de que no estaba en una relación; estaba en una obra de teatro sin fin, donde la única protagonista era ella.

Sin decir una palabra, Iván se levantó de la silla. Pierina, extrañada por su silencio, detuvo su llanto. “Iván, ¿qué pasa?” preguntó, con la voz rota. Él la miró a los ojos y, sin decir una palabra, se

marchó. El silencio de Iván fue el punto de quiebre. En ese momento, Pierina se dio cuenta de que su público se había ido. No había aplausos, solo el eco de su propio drama.

Iván, al dejar atrás a Pierina, no sintió la tristeza de un corazón roto, sino el alivio de un hombre que se libera de unas cadenas invisibles. La yuca que se alimenta del drama había finalmente agotado su terreno. Iván, al salir de la obra de teatro de su vida, recuperó su paz, su energía y, lo más importante, su propia historia.

La historia de Iván nos enseña que el deslumbramiento de una pasión desbordante a menudo es el disfraz de una insaciable necesidad de atención. Para muchos hombres, el amor se transforma en un guion agotador en el que se les pide que sean el héroe, el salvador o el espectador incondicional. Iván no era un personaje sin emociones, sino un hombre que, al igual que Débora en su momento, toleró el drama y el maltrato emocional hasta el punto de perderse a sí mismo.

Su liberación no llegó con una confrontación violenta, sino con el simple acto de negarse a seguir actuando. Al final, el silencio de Iván fue el grito más fuerte, demostrando que el amor propio es el verdadero protagonista, y que, para recuperarlo, a veces hay que bajar el telón y abandonar la obra.

“Su silencio fue el telón que cayó sobre una vida de aplausos vacíos.”

CAPITULO 5

La cosecha

*De la angustia es el fruto amargo, de la
fortaleza que no se atrevió a ser vulnerable.*

Adolfo, con sus cuarenta y tantos años, era un hombre que lo tenía todo. Un físico bien conservado, un léxico impecable y una confianza que atraía miradas. Pero detrás de la fachada de seguridad y éxito, Adolfo se sentía como un pedazo de tierra fértil, pero agotado, sobreexplotado por una yuca que no daba más que problemas. Esa yuca era su esposa, Catalina, Profesional, con una belleza de esas de verse y no tocarse, algo muy superficial.

La yuca de su primer matrimonio fue una de las más duras. La espina dorsal de esa dificultad residía en el abandono a su esposa y a sus hijos cuando eran pequeños. Este hecho le dejó una deuda con su conciencia que lo llevó a seguir manteniendo a sus hijos, incluso siendo ya adultos y sin tener la obligación de hacerlo.

Ahora, con Catalina, había plantado una nueva esperanza. Al principio, su yuca se sintió suave y prometedora. Catalina, con su encanto, lo convenció de que su trabajo de enfermera no era digno de ella y que él podía darle todo lo que necesitaba. Adolfo, deseos de que esa nueva familia floreciera, aceptó.

Pero con el tiempo, esa yuca se volvió insostenible. Catalina era la yuca que solo extraía nutrientes, sin dar nada a cambio. Su control sobre su vida, su gasto inescrupuloso en cirugías, viajes y lujos, y la carga de su familia problemática, dejaron a Adolfo al borde del colapso. Ya no era un simple “mantenedor”; era un esclavo financiero, emocional y

mental. La tierra de Adolfo se estaba secando, y las demandas de Catalina y la de sus hijos adultos lo dejaron sin fuerzas para cuidar de sí mismo. En medio de esta sequía emocional, Adolfo conoció a Brillit, una joven soltera y encantadora, una planta nueva, fresca y llena de vida. Ella lo miró como el jardín que era, con la promesa de que sus nutrientes serían suficientes para ambos. Se enamoró perdidamente de él, ofreciéndole la admiración y la paz que ya no tenía.

Pero Adolfo no supo qué hacer. La yuca de su matrimonio lo asfixiaba, la yuca de sus hijos lo exigía y ahora la yuca de Brillit lo tentaba. El problema era que Adolfo se sentía culturalmente obligado a no quejarse. En su mundo, los hombres no sufrían ni lloraban. Se esperaba que él, el hombre fuerte y atractivo, resolviera todos los problemas y mantuviera a todas las yucas plantadas en su vida. Incapaz de confrontar su dolor, Adolfo se refugió en la promiscuidad, buscando en los brazos de otras mujeres un escape de la asfixia. Cada encuentro era un intento desesperado de sentir algo más allá de la angustia y el agotamiento, una forma de arrancar temporalmente la yuca que lo estaba matando.

Adolfo se encontraba en un laberinto sin salida, víctima de las exigencias de todos, incluida la sociedad, que le negaba el derecho a sufrir. Se había convertido en un jardín marchito, sobreexplotado por demasiadas raíces que buscaban su

sustento, sin que nadie se preguntara si él tenía todavía algo para dar. La casa de Adolfo y Catalina, lejos de ser un hogar, se había convertido en un campo de batalla silencioso, él prefería pasar el tiempo trabajando que llegar a dormir temprano. La presión financiera, las exigencias de Catalina y los problemas de sus hijos adultos habían consumido a Adolfo por completo. Cada noche, se sentía más como un esclavo que como un esposo. El último golpe, la exigencia de una nueva cirugía estética por parte de Catalina, se sintió como una daga en el corazón tomando en cuenta que su economía ya no era la misma que hace ocho años.

El punto de inflexión no fue una pelea, sino una conversación aparentemente trivial que reveló la cruda verdad. Una noche, Adolfo llegó a casa con una noticia difícil: la empresa donde trabajaba había tenido recortes, y sus finanzas se verían afectadas temporalmente. Con una angustia que no podía ocultar, le explicó la situación a Catalina, esperando al menos un gesto de apoyo, una palabra de aliento. Catalina lo escuchó con una frialdad que heló la sangre de Adolfo. Cuando él terminó de hablar, la respuesta de ella fue un golpe directo al alma: “Y ahora, ¿qué voy a hacer yo? ¿Ves por qué necesito el dinero para la cirugía programada? ¿Cómo quieres que me mantenga atractiva para ti si vas a dejar que me convierta en una mujer vieja y fea?” Catalina tenía un concepto muy distinto al de Adolfo de lo que era la belleza.

Las palabras de Catalina no eran de preocupación, sino de un egoísmo desmedido. Ella no se preocupó por el futuro de su matrimonio, no se preocupó por la angustia de su esposo, sino por cómo la situación afectaría su apariencia. En ese momento, Adolfo vio a la mujer que tenía al lado con una claridad aterradora. No era una compañera de vida; era una parásita que solo se preocupaba por sí misma. El amor que sentía por ella se disolvió en una dolorosa certeza: esa yuca no solo estaba podrida, sino que estaba envenenando la tierra que le daba vida.

Sintiendo que se ahogaba, Adolfo se marchó de la casa, y se encontró vagando sin rumbo por las calles. Fue entonces que su mente, desesperada por encontrar una pizca de afecto genuino, lo llevó a un solo lugar: la cafetería donde solía encontrarse con Brillit. A pesar de que él había mantenido su relación casual por su indecisión, Brillit siempre lo recibió con una calidez que curaba el alma.

Al verla, Adolfo se sintió atraído por la luz que irradiaba. Brillit no le preguntaba por dinero, ni le exigía nada. Solo le ofrecía su cariño. Su conversación era como un bálsamo para sus heridas. Ella lo veía a él, no su cuenta de banco su apariencia. En el rostro de Brillit, Adolfo no vio una carga, sino una promesa de paz. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió sentir. Se dejó llevar por el deseo de sentir la calidez de un amor honesto, el único que podía salvarlo de la helada soledad de su hogar. Ese fue el punto de in-

flexión que lo empujó directamente a los brazos de Brillit, buscando desesperadamente algo real en medio de un mar de mentiras...

Cuando Adolfo no tuvo que hablar, solo las lágrimas rodaron por sus mejillas por primera vez en años. Brillit se levantó, le ofreció un pañuelo y, sin decir una palabra, lo abrazó. No fue un abrazo apasionado, sino un abrazo de refugio, de consuelo. En ese abrazo, Adolfo sintió el amor más genuino que había experimentado en mucho tiempo. Brillit no lo necesitaba para llenar un vacío, ni lo quería para financiar su estilo de vida. Simplemente lo quería a él, con sus demonios y sus debilidades.

En ese abrazo, Adolfo supo que Brillit no era una “yuca” más para ser plantada en su vida, sino la tierra fértil que siempre había buscado. Era el inicio de una nueva oportunidad, de un amor que no le pediría nada, sino que le ofrecería todo. El amor de Brillit no era un escape de la realidad, sino un ancla que lo mantendría a flote mientras se atrevía a enfrentar las tormentas de su vida.

En la historia de Adolfo, vemos un reflejo de una presión cultural que afecta a muchos hombres: la idea de que deben ser fuertes, proveedores y protectores. Este rol, aunque en apariencia poderoso, tiene un costo muy alto. Desde una edad temprana, a los hombres se les enseña a reprimir sus emociones, a no mostrar vulnerabilidad, y a encontrar su valor en la capacidad de ser útiles

para los demás. El resultado es una inmensa soledad emocional.

Para un hombre criado bajo esta norma, la soledad no es solo la ausencia de una pareja; es un vacío existencial que no saben cómo llenar. Sin las herramientas para procesar sus emociones o buscar apoyo, su autoestima se construye sobre la validación externa. Las relaciones se convierten en una muleta emocional que les ofrece un propósito y les confirma su valía como “hombres de verdad”.

Adolfo, tras años de ser el pilar de su primera familia y el proveedor de la segunda, había agotado sus reservas emocionales. Su angustia no podía expresarla, y el único escape que conocía era buscar en los brazos de otras mujeres un bálsamo temporal. No se trataba de un deseo de promiscuidad, sino de un desesperado intento por llenar un vacío emocional que no sabía cómo manejar solo.

La soledad, para un hombre como Adolfo, no es una oportunidad para el autoconocimiento, sino una amenaza a su identidad. Temen quedarse solos porque temen confrontar esa vulnerabilidad y ese dolor que la sociedad les enseñó a esconder. Saltan de una relación a otra, no por falta de carácter, sino por una profunda necesidad de compañía que les permita seguir evitando el difícil, pero necesario, trabajo de aprender a estar bien consigo mismos.

*“En el silencio, confrontamos el eco de
nuestro propio vacío.”*

CAPITULO 6

El Jardín de las Raíces Podridas

*Uno se da cuenta de que el dolor no lo
causan las tormentas de la vida, sino las
raíces que, en secreto, te roban el agua.*

Marisol y Pedro habían cultivado su relación durante treinta años, como quien cuida un sembradío extenso. Dos hijas fueron el fruto visible de ese amor, dos yucas que crecieron fuertes y orgullosas. Pero en ese jardín familiar también floreció una planta oculta, una yuca prohibida llamada Rebeca.

Rebeca era como de la familia. La mejor amiga de sus hijas, desde la primaria habían estado muy unidas las tres niñas, una joven brillante y encantadora que compartía risas y sueños con Sofía y Daniela. Marisol y Pedro la querían como a una hija más, sin sospechar que, en secreto, Rebeca había echado raíces profundas y oscuras en su propia tierra.

Durante ocho años, Rebeca vivió una doble vida con una maestría escalofriante. Para sus amigas, era la compañera leal y divertida. Para sus padres, la joven centrada y estudiosa. Nadie sospechaba la verdad que se ocultaba tras esa fachada: una relación clandestina con Pedro, un hombre que la doblaba en edad y que era el padre de sus mejores amigas. Sus encuentros furtivos eran los frutos prohibidos de esa yuca oculta, encuentros cargados de una tensión palpable y un secreto que carcomía las entrañas de todos.

La verdad, como una tormenta inesperada, se desató cuando Rebeca ya no pudo ocultar su vientre abultado. El rumor que algunos susurraban, la idea de que Rebeca estaba enamorada de Sofía y

por eso no tenía novio, se hizo añicos. Rebeca no era lesbiana, era la amante secreta de Pedro, y ese embarazo era la prueba irrefutable de su traición. Para Marisol, la noticia fue como si la tierra se abriera bajo sus pies. Treinta años de vida en común, una familia aparentemente sólida, todo se desmoronó en un instante. La amiga de sus hijas, la joven a la que había abierto las puertas de su hogar, se había convertido en la yuca amarga que envenenaba su jardín, la prueba palpable de la infidelidad de su esposo y la traición a sus propias hijas. Su mundo, el sembradío que con tanto esfuerzo había cultivado, yacía devastado.

El veneno de la raíz

En las sombras de la habitación del hospital, Marisol yacía atrapada en un coma, un cuerpo quieto en el que la mente revivía el veneno de la traición. El derrame cerebral había sido el golpe físico, pero la verdadera causa yacía en un corazón que no podía soportar el peso de la mentira.

En su mente, las imágenes de todos estos años se mezclaban en un torbellino. Volvía a ver a sus hijas, Sofía y Daniela, riendo en las vacaciones familiares. Rebeca estaba con ellas siempre, una joven brillante y agradecida, posando para las fotos que Marisol tomaba con tanto cariño. Marisol recordaba con una punzada de dolor el momento en que se había ofrecido a pagar el paquete de graduación, sintiendo una genuina compasión porque los padres de Rebeca no podían permi-

tírselo. “Eres como una hija para mí”, le había dicho con el corazón en la mano. La confianza, sembrada con tanto amor y generosidad, ahora se había podrido. El veneno de la traición corría por sus venas, quemando cada recuerdo. Marisol sentía la confianza rota como si fuera un espejo hecho añicos. No era solo la infidelidad de Pedro lo que la había destruido, sino la traición de una joven a la que había amado como propia, la amiga de sus hijas que había abusado de la intimidad de su hogar y de la generosidad de su corazón. Marisol sentía que su vida, sus treinta años de matrimonio, de sacrificio y de amor, se habían convertido en una burla. Sentía que todo había sido una mentira. La yuca de su matrimonio no estaba simplemente marchita, sino que había sido envenenada desde adentro, con una raíz podrida que creció en las sombras. Se sentía sin valor, destruida, como si el propósito de su existencia se hubiera desvanecido en un instante.

El renacer de Marisol

Los días se volvieron semanas en la penumbra de la habitación del hospital. Los médicos hablaban de un milagro cuando, lentamente, los ojos de Marisol se abrieron. El coma, provocado por la brutal verdad, había sido una huida, un refugio de la realidad insoportable. Pero el cuerpo, con su sabia resiliencia, había iniciado su propia batalla. El camino de la recuperación fue largo y tortuoso, sembrado de frustración y desesperanza. Al

principio, cada movimiento era un esfuerzo titánico, cada palabra, un susurro ronco. La fisioterapia y la terapia del lenguaje se convirtieron en su rutina diaria, pero el verdadero desafío no era físico. El verdadero esfuerzo estaba en sanar las heridas invisibles del alma.

Pedro no estaba. Su ausencia, al principio, era una confirmación más de la traición, una puñalada constante. Pero con el tiempo, esa ausencia se transformó en espacio. Espacio para respirar, para pensar, para sanar. Sus hijas, Sofía y Daniela, se convirtieron en su pilar. Aunque ellas también lidiaban con la amarga verdad de su padre y la traición de su amiga, el amor por su madre era inquebrantable. Se turnaban para cuidarla, para hablarle, para recordarle quién era antes de que la yuca podrida envenenara su jardín.

Marisol lloró como nunca antes. Lloró la pérdida de su matrimonio, la traición de Pedro, la desilusión con Rebeca. Lloró los treinta años que creyó haber vivido en una fantasía, y lloró por la mujer que había sido, tan fuerte y confiada. En cada lágrima, sentía que un poco del veneno salía de su sistema.

El escandaloso divorcio de Adolfo y Marisol corrió como pólvora. La traición de Pedro con Rebeca, la joven que había crecido bajo su techo como una hija más, y el posterior embarazo, se convirtieron en la comidilla de la ciudad. La reputación de Pedro, antes sólida como el tronco de un samán centenario, se desmoronó en un instante, dejando tras de sí un rastro de vergüenza.

Pero el verdadero golpe bajo, la ironía más cruel del destino, se gestó en la modesta casa de la anciana tía de Pedro, el único lugar donde se pudo refugiar ya que no tenía a nadie más, en un barrio tranquilo de Maracay. La convivencia entre Pedro y Rebeca, ahora forzada por las circunstancias y marcada por la precariedad, se había vuelto un hervidero de reproches y frustraciones. Una noche, la tensión entre ellos explotó en una discusión violenta, cuyas palabras afiladas como cuchillos atravesaron las delgadas paredes de la vivienda, llegando al oído de la anciana, cuyo corazón ya estaba afligido por la caída en desgracia de su sobrino.

En el fragor de la pelea, Rebeca, con el embarazo ya avanzado y la paciencia hecha trizas por la vida austera que ahora soportaba, lanzó una confesión venenosa que dejó a Pedro petrificado. Con el rostro deformado por la rabia, escupió las palabras que lo destrozarían por completo: “¡Este hijo no es tuyo! ¿De verdad creíste que iba a quedarme atada a un viejo arruinado como tú?”.

El silencio que siguió a esa declaración fue denso y opresivo, cargado con el peso de la verdad revelada. La traición de Rebeca fue una puñalada doble en el corazón de Pedro. No solo había perdido a su esposa, su hogar y su prestigio por ella, sino que ahora descubría que todo su sacrificio había sido en vano, víctima de una burla despiadada. La humillación lo invadió como una marea oscura, ahogando cualquier vestigio de orgullo o dignidad.

Esa noche, su anciana tía lo encontró en su pequeño cuarto, la rigidez en su cuerpo y el olor fetido que flotaba en el aire contaban una historia final y desesperada. A su lado, una nota escrita con angustia de sus últimas palabras, confesando la amarga verdad y el peso insoportable del engaño. El veneno de la traición, que había comenzado con una raíz oculta en su hogar, finalmente lo había consumido por completo, dejando tras de sí solo el eco silencioso de una vida destrozada en las calles polvorientas de su ciudad natal.

Pedro yacía muerto y mientras Marisol se recuperaba física y emocionalmente un renacer completo. Aunque las cicatrices de la traición permanecerían, ya no la definirían. Marisol aprendió a valorarse a sí misma, a reconstruir su confianza, y a encontrar la paz en el amor incondicional de sus hijas y en la fortaleza que descubrió dentro de sí misma. Había desenterrado la yuca podrida y, al hacerlo, había preparado la tierra para un futuro lleno de nuevos brotes.

Lo que nos deja de enseñanza la historia de Marisol es que la traición puede derrumbar tu mundo, pero no tiene el poder de definir tu valor ni de robarte la capacidad de reconstruir tu vida, y que el dolor más profundo no viene solo de la infidelidad, sino de la traición a la confianza y la generosidad. Sin embargo, su recuperación demuestra que la sanación comienza cuando te das cuenta de que no eres la víctima de un engaño, sino el jardinero de tu propia vida. Puedes desenterrar la

yuca podrida y, aunque el proceso sea doloroso, aún tienes el poder de sembrar un nuevo futuro, más fuerte y hermoso, basado en el amor propio y la resiliencia.

*“La traición no define tu valor; tú eres el
jardinero de tu propia vida.”*

CAPITULO 7

La Yuca que sabe a Pasado

*Hay raíces que se niegan a morir, y aunque
las arranques, su sabor amargo vuelve a la
boca en cada nueva cosecha.*

Débora, una mujer a las puertas de los cuarenta, había aprendido a cosechar la vida a pulso, aunque su tierra era árida desde el inicio...

Hija de una madre soltera, sin la oportunidad de estudiar ni de tener una carrera, se dedicó a limpiar casas de familia, un trabajo mal pagado pero honrado como decía su abuela. Su primera hija, Briana, fue el fruto de un amor inmaduro con un hombre que se marchó, dejando un páramo de irresponsabilidad económica y afectiva. Sola, con una bebé que era su único sol, Débora emigró, buscando un nuevo terreno donde sembrar un futuro.

Lo encontró en el spa de Luz, una mujer que, como su nombre, fue la luz al final de su túnel. La señora Luz dueña de un jardín de belleza, la acogió a ella y a su hija tal y como lo haría una madre, enseñándole el arte de la manicura, y Débora, con una destreza innata y el hambre de quien quiere prosperar, se convirtió en la mejor y la favorita, ganándose el odio muchas veces de sus compañeras de trabajo, de igual manera esto nunca evito que Débora hiciera un gran trabajo. Bajo la guía de Luz y con su angelical sonrisa que atraía a la clientela, Débora prosperó. Su hija Briana creció en los mejores colegios, vistió y comió lo mejor, y la vida de Débora dio un salto cuántico.

En su sembradío económico, la cosecha era abundante. Pero su corazón, su verdadera tierra, seguía vacío a pesar de lo que había logrado y en quien se había transformado, su cambio había

sido tal que quien la conoce no se imagina que venia de una vida de carencias y tropiezos. Ese vacío la llevó de regreso a su pasado, a un terreno que ella ya conocía: su antiguo pueblo. Ahí, conoció a Kevin, un mecánico con el que inició una relación. Kevin era la antítesis de todo lo que Luz le había enseñado: un hombre inestable, una yuca que no solo no daba frutos, sino que secaba la tierra de su alrededor.

Débora, cegada por la nostalgia de lo conocido, se aferró a él con una desesperación silenciosa. Un poco mas del año Débora parió a Josué, un niño con 14 años de diferencia de Briana, consentido y amado era el niño deseado ya que su condición era muy distinta a la de años atrás, su llegada coincidió con el inicio de una pesadilla. Kevin era un vampiro emocional y financiero, un hombre que no aportaba nada, pero que lo exigía todo. Sus gastos eran inescrupulosos, sus malos tratos constantes, y su indiferencia carcomía el alma de Débora.

La mujer que había luchado por salir adelante, ahora se encontraba en un laberinto de autodestrucción. Los consejos de Luz se perdían en el eco de su dolor. Débora llegaba al spa con los ojos velados por las lágrimas, el corazón roto y la energía drenada. Kevin le quitaba el carro para irse de fiesta con sus amigos y la dejaba en aprietos financieros.

Aquella mujer que había brillado con tanta luz, ahora se encontraba en una sombra que la arras-

traba de regreso a la oscuridad de la que tanto le había costado salir. El maltrato no era físico, pero era igualmente devastador. Él se convirtió en un maestro de la humillación emocional.

Cuando Débora, con el corazón en la garganta, intentaba confrontarlo por los gastos inescrupulosos, él la acusaba de ser una “mujer egoísta y fría” que solo pensaba en el dinero. La hacía sentir que cualquier problema era culpa de su “falta de fe” en él.

El abuso financiero era su arma más potente. Le pedía el dinero del alquiler del taller en quiebra, o de la comida y hasta de los medicamentos de su madre, prometiendo devolverlo con intereses que nunca llegaban. Sus vicios consumían los ingresos que Débora con tanto esfuerzo ganaba. A menudo, la dejaba en aprietos, y la hacía sentir que su generosidad era la única salvación de la relación aunque Débora sabía que Kevin era un fracasado.

El control de Kevin se extendió incluso a su lugar de trabajo, el santuario de Débora. La llamaba a menudo, interrumpiendo su trabajo con mensajes pasivo-agresivos, creando una constante ansiedad que le impedía concentrarse. La mujer que había luchado por salir adelante, ahora se encontraba en un laberinto de autodestrucción, ignorando las señales de alarma que gritaban a su alrededor.

La energía que había encontrado en la señora Luz se atenuaba, absorbida por la oscuridad que Kevin proyectaba sobre su vida. La historia de Débora es la de una mujer que, a pesar de tener un jardín

florecente, decidió plantar una yuca tóxica en su propio corazón, una que la secó por completo.

El punto de quiebre no fue una pelea, sino el silencio de una mañana. Luz, con el cariño de una madre, se había ofrecido a ayudar a Débora a conseguir un préstamo para un proyecto personal. Era la oportunidad para que Débora arrendara un espacio y montara su propio negocio. Era la semilla de su independencia.

Con una mezcla de ilusión y miedo, Débora aceptó el préstamo y esa noche guardó el dinero en un sitio que creía muy seguro ya que ya no confiaba en Kevin.

Horas más tarde, el sueño se convirtió en pesadilla. Kevin, con el sigilo de una rata, se levantó de la cama, tomó el fajo de billetes y huyó sin decir una palabra. Al amanecer, Débora despertó con un presentimiento helado. Revisó el escondite, el dinero no estaba. El corazón se le encogió de dolor y rabia, lloro como tenía años sin hacerlo era un dolor que la paralizó, confió en alguien al que nunca le había demostrado ni una gota de respeto.

Kevin no solo había robado el dinero, sino que había robado la esperanza. Su cobardía era el golpe más bajo, la prueba irrefutable de que él era una yuca tóxica que solo consumía y nunca daba. En ese instante de soledad, Débora vio con una claridad desgarradora que Kevin no solo la había robado a ella, sino que había robado el futuro que con tanto sacrificio había intentado construir para sus hijos. Fue ese acto de traición final, esa

huida silenciosa en la noche, lo que le dio a Débora la fuerza para desenterrar a Kevin de su vida para siempre.

El silencio de la mañana, antes de ser un vacío, era un eco de la traición. Débora se derrumbó sobre su cama, el corazón hecho pedazos. Sus sollozos eran tan amargos como las lágrimas que mojaban la almohada. En medio de su desesperación, una pequeña voz la sacó del abismo: “No llores, mamá.”

Briana, la niña que había visto a su madre levantarse de la nada, ahora la veía desmoronarse. Con una madurez que no le correspondía, Briana la tomó de la mano. “Ese hombre era igual que mi papá. Un irresponsable, un mal hombre,” le dijo con la voz firme. “Te mereces algo mejor.” Con ternura, pero con firmeza, Briana llevó a su madre frente al espejo del tocador. Las lágrimas de Débora le impedían ver su reflejo. Briana, con sus manos le quito el cabello del rostro y e limpio las lagrimas, y le dijo: “Mírate bien. Mírate, mami, eres y serás increíble”.

Por primera vez en mucho tiempo, Débora se vio de verdad. No era la mujer desaliñada y exhausta que Kevin había intentado convertir. Era la mujer que había criado a Briana con amor y sacrificio, la que había luchado por salir de la pobreza, la que había aprendido una profesión muy lucrativa y había encontrado una amistad verdadera. Era la madre que sus hijos amaban y respetaban. En ese reflejo, no vio una víctima, sino a una so-

breviviente, una mujer fuerte que solo necesitaba recordar su valor.

La yuca tóxica de Kevin había sido desenterrada. Y aunque el suelo de su corazón quedó marcado por las cicatrices, la tierra, una vez más, quedó libre para sembrar un nuevo futuro, esta vez con la seguridad de que solo cultivaría lo que la hiciera florecer.

El dinero robado por Kevin, que en su momento pareció una pérdida irreparable, se convirtió en el catalizador de su resiliencia. Con el tiempo, Débora logró pagarlo por completo. Ese acto de responsabilidad no solo cerró un ciclo financiero, sino que fue un poderoso recordatorio de su propia fortaleza.

La yuca tóxica de Kevin fue finalmente desenterrada. Y aunque el suelo de su corazón quedó marcado por las cicatrices, la tierra, una vez más, quedó libre pero sin esa sensación de soledad, se sentía completa. Débora aprendió una lección crucial: que el amor propio es el único terreno fértil para una vida plena. Aprendió que no debía tropezar con la misma piedra, que no podía confundir la soledad con la necesidad de un amor que la destruyera, finalmente comprendió que el verdadero valor no se encuentra en el amor de un hombre, sino en la valentía de quererse a sí misma.

*“No confundas el amor con la necesidad, o
acabarás con un Kevin en la puerta.”*

CAPITULO 8

Yuca Brava y Amor Tímido

“Un hombre no se enamora de la mujer que es, sino del universo que ella le enseña que existe.”

Martha, a sus cuarenta y tantos años, era un torbellino de vida. Morena, de cabello liso a punta de plancha como buena venezolana, unas caderas que desafiaban la lógica, se movía entre los puestos del mercado con la seguridad de quien se ha ganado la calle a pulso. Con dos hijos adolescentes y un puesto de ropa como su trinchera económica, ella representaba la tenacidad.

Martha no se conformaba. De noche, cambiaba las perchas por los libros, soñando con un futuro mejor mientras estudiaba Administración de Empresas. En una ciudad donde las segundas oportunidades eran un lujo y los “buenos partidos” un bien escaso para mujeres como ella, Martha era la excepción que confirmaba la regla.

Su encanto, su risa sincera y su manera de ser, cautivaron a Jorge, un hombre de treinta y cinco años que vivía bajo la sombra de su madre. Soltero, con una incipiente calvicie y un éxito a medias que provenía de los negocios familiares, Jorge era la antítesis de Martha. Ella, una mujer que se había forjado sola; él, un hombre que no conocía la dificultad. La relación era un choque de mundos, y la chispa que se encendió entre ellos era una amenaza para la estabilidad de la única mujer que Jorge conocía: **Josefa**, su madre...

El romance entre Martha y Jorge floreció en medio del bullicio del mercado y la tranquilidad relativa de las noches de estudio. Sus encuentros eran una mezcla curiosa de la energía desbordante de

Martha y la timidez contenida de Jorge. Él la esperaba al final de su jornada, a veces con un café caliente, otras veces ayudándola a recoger la mercancía, torpe pero con buena intención.

Sus conversaciones eran un contraste fascinante. Martha le hablaba de las estrategias para atraer clientes, de la dura competencia, de sus sueños de tener un negocio más grande y de la satisfacción de ver a sus hijos salir adelante. Sus palabras estaban llenas de la sabiduría de la experiencia, de la calle como maestra implacable pero justa. Jorge, en cambio, compartía los contratiempos de la empresa familiar, las decisiones conservadoras de su madre, los planes de expansión que él tímidamente proponía. A través de sus palabras, Martha vislumbraba un mundo de relativa comodidad, pero también una falta de autonomía que, en cierto modo, le daba pena.

Jorge se sentía fascinado por la fuerza de Martha, por su capacidad de reír incluso después de un día agotador. Su espontaneidad, su manera de hablar sin filtros, era un soplo de aire fresco en su vida, tan cuidadosamente controlada por Josefa. Con Martha, se sentía por primera vez visto como realmente era, más allá del hijo único y heredero. Ella no parecía impresionada por su apellido ni por la marca de su carro; le preguntaba por sus ideas, por sus gustos, por sus miedos más profundos.

Sus citas eran sencillas pero significativas: cenas en puestos de comida callejera donde Martha era

conocida y saludada por todos, paseos nocturnos por la avenida las delicias, silenciosas compañías mientras Martha repasaba sus apuntes de la universidad. En esos momentos, sus manos se encontraban tímidamente, un roce eléctrico que hablaba de una conexión que iba más allá de las diferencias sociales y económicas.

Jorge comenzaba a descubrir un mundo fuera de la órbita de Josefa, un mundo vibrante y real donde las mujeres como Martha no esperaban ser rescatadas, sino que tomaban las riendas de su propio destino. Y Martha, a pesar de la cautela que la vida le había enseñado, se permitía sentir la ternura genuina de Jorge, una ternura que no la juzgaba por su origen ni por sus aspiraciones, sino que la abrazaba en su totalidad. La “yuca brava” de Martha encontraba en la sencillez de Jorge una tierra inesperadamente fértil para florecer.

El romance floreció en secreto, como una flor prohibida en el jardín de Jorge. El acostumbrado a una vida tranquila sin sobresaltos, temía la confrontación con su madre. Josefa no era una mujer que pidiera, ella ordenaba ejerciendo un control sobre la vida de su único hijo, para ella Martha era una amenaza, una mujer que vendría a perturbar el orden que ella había mantenido toda su vida sobre Jorge.

Los primeros indicios del conflicto surgieron cuando Jorge comenzó a llegar tarde a casa. Josefa, con su sexto sentido de madre controladora, percibió el cambio en la rutina de su hijo. Al

principio, sus preguntas eran sutiles. “¿Dónde estabas, Jorgito? Pensé que te había pasado algo”. Luego, se volvieron más directas: “¿Estás saliendo con alguien, Jorge? No me la has presentado”. Jorge, que no sabía mentir, se encontró en un laberinto de evasiones. Inventaba reuniones de trabajo, cenas con amigos que no existían. La tensión en la casa crecía. Josefa, viendo el brillo en los ojos de su hijo, supo que algo o alguien se había apoderado de su atención.

La confrontación final fue inevitable. Una noche, mientras Jorge se preparaba para salir a cenar con Martha, Josefa se interpuso en su camino, con los brazos cruzados y una mirada que helaba la sangre. “No voy a permitir que una mujer de la calle, con hijos y sin estudios, se aproveche de ti”, dijo con voz firme. “Ella no es para ti, Jorge. No pertenece a nuestro mundo”.

El corazón de Jorge se encogió. Por primera vez en su vida, se encontró dividido entre dos amores, dos mundos, dos “yucas”. Por un lado, la yuca blanda y protectora de su madre, una comodidad asfixiante. Por el otro, la yuca brava de Martha, un amor que lo hacía sentir vivo, pero que venía con el costo de una guerra sin cuartel.

La historia de Jorge y Martha, que parecía un romance de cuento de hadas, se había convertido en un campo de batalla. La declaración de guerra de Josefa no fue solo un ultimátum, sino el inicio de una guerra psicológica que se libró en el silencio de la casa y en los sutiles actos

de sabotaje ya que nosotras las madres sabemos que si le llevamos la contraria a los hijos ellos corren hacerlo.

Josefa, con la frialdad de una estratega, no se enfrentó directamente a Martha. Sabía que eso solo alejaría más a su hijo. En cambio, su objetivo era minar la relación desde adentro. Los “accidentes” se volvieron frecuentes. De repente, la batería del carro de Jorge se descargaba justo antes de que él fuera a buscar a Martha. Los compromisos familiares “inesperados” se agendaban a última hora, coincidiendo siempre con las citas de la pareja. Las llamadas telefónicas de Josefa a Jorge se volvieron más frecuentes y más largas, llenas de lamentos sobre su salud o su soledad, con la esperanza de que él se sintiera culpable y regresara a su lado.

El plan de Josefa estaba dando frutos. Jorge, por primera vez, se sentía en medio de una encrucijada. Por un lado, el amor que sentía por Martha, una pasión que lo hacía sentir vivo y completo. Por el otro, la culpa que su madre le hacía sentir, una carga pesada que lo abrumaba. Se encontraba en un callejón sin salida, atrapado entre la mujer que amaba y la mujer que lo había amado y cuidado toda su vida.

La relación con Martha se resentía. Las cancelaciones de última hora, las excusas vagas, la constante tensión en su voz. Martha, que había peleado batallas mucho más difíciles, percibió la tormenta que se avecinaba. No dijo nada, pero el

brillo en sus ojos se fue apagando, y su risa sincera se volvió más escasa. La “yuca brava” de Martha se estaba ablandando, pero no por el amor de Jorge, sino por la manipulación de Josefa.

Un día, mientras comían en un café, Martha rompió el silencio. “¿Qué te pasa, Jorge?”, le preguntó con la voz baja pero firme. “Ya no eres el mismo. Tu mamá te está ganando la batalla”.

Jorge bajó la mirada, incapaz de mirarla a los ojos. El silencio fue su confesión. Se sentía avergonzado de su cobardía, de su incapacidad para enfrentar a la mujer que le había dado la vida. La guerra de Josefa no era contra Martha, sino contra la independencia de su propio hijo. Y, por ahora, parecía que la estaba ganando.

Martha miró a Jorge con una mezcla de tristeza y comprensión. Ella, una mujer que había aprendido a leer la calle, leía en sus ojos la verdad que él no podía pronunciar: el miedo. Miedo a enfrentar a su madre, miedo a la vida fuera de la burbuja protectora que ella había construido para él. Con un suspiro, Martha deslizó su mano por encima de la de él, en un gesto de consuelo, no de reproche. “Jorge, la vida no es un ensayo”, le dijo con una voz suave pero firme. “Y la felicidad es una yuca que se pela con las propias manos. Yo no puedo hacer eso por ti”.

El romance, que parecía haber llegado a su fin con el silencio de Jorge, tomó un giro dramático que lo cambió todo. El teléfono no sonó al día siguiente, ni al otro, ni a la siguiente semana. El si-

lencio era la respuesta de Jorge a la confrontación con su madre. Martha, con el corazón roto, se resignó a la dolorosa verdad: el amor que sentía por él no era suficiente para romper las cadenas que lo ataban a su madre. Se enfocó en su puesto de ropa, en sus hijos, y en sus estudios, intentando seguir adelante con la dignidad que la vida le había enseñado.

Pero el destino o la vida, con su ironía cruel, tenía otro plan. Tres semanas después del último encuentro, Martha sintió los primeros síntomas, un mareo repentino, un cansancio inexplicable. La ansiedad la invadió. Hizo lo que cualquier mujer en su situación haría: compró una prueba de embarazo. El resultado, dos líneas rosadas, fue un shock que la dejó sin aliento. Un bebé. El hijo de Jorge.

La noticia, lejos de ser una alegría, fue una carga pesada. La “yuca brava” de Martha ahora cargaba con una “yuca” aún más grande. Sabía lo que esto significaba. Significaba una confrontación con Jorge y, por extensión, con Josefa, la mujer que haría todo por proteger su jardín. El amor que sentía por Jorge se había convertido en una obligación. Tenía que decírselo. Con el corazón en la mano, lo llamó. La voz de Jorge, al contestar, era un susurro culpable. Martha, sin rodeos, le soltó la bomba. “Jorge, estoy embarazada”.

El silencio al otro lado de la línea fue más aterrador que cualquier grito. El mundo de Jorge se desmoronó. Por primera vez en su vida, se enfrentaba a una realidad que no podía ser silenciada, controlada o

saboteada. La yuca blanda de su madre ya no podía protegerlo de la yuca brava de Martha.

Martha se había plantado en la vida de Jorge con una fuerza que él no podía ignorar. Tras la noticia del embarazo, la evasión ya no era una opción. Se enfrentó a su madre, Josefa, en una escena que por primera vez en su vida no tenía un guion preescrito por ella. El grito de “¡No lo permitiré! ¡Esa mujer no es para ti!” resonó en la casa, pero Jorge, con una determinación que no se le conocía, se mantuvo firme. Se casaría con Martha, con o sin su bendición.

El matrimonio se celebró en una ceremonia pequeña, lejos de la pompa que Josefa habría planeado. Fue un acto de rebeldía y de amor que selló el destino de Jorge. Al poco tiempo, nació su hija, una niña hermosa que unía los dos mundos: la vitalidad de Martha y la melancolía de Jorge. Para Martha, su hija era la prueba de su victoria, la cosecha de la yuca brava. Para Jorge, era una responsabilidad que lo abrumaba, un recordatorio constante del quiebre con su madre.

Josefa, despojada de su único hijo o por lo menos así se sentía, vivió los últimos dos años de su vida en una soledad que no había conocido. El silencio de su casa, antes un símbolo de su control, ahora era un castigo. Su salud se deterioró rápidamente. El golpe al corazón que la soledad le había infligido se manifestó en un ataque fulminante. Murió sola, en el mismo sillón desde donde había planeado su guerra. Su muerte, lejos

de liberar a Jorge, lo dejó con una carga de culpa aún más pesada, un fantasma que lo perseguiría por siempre.

A pesar de tener a su lado a una mujer como Martha, una yuca brava que se había ganado la vida a pulso, Jorge seguía siendo un hombre débil y temeroso. El matrimonio no lo había transformado en el hombre que ella había soñado. Vivía a la sombra de su propia indecisión, incapaz de tomar decisiones sin consultar a su difunta madre, una voz que solo existía en su mente. Era un esposo, un padre, un hombre “libre”, pero la “yuca blanda” de su personalidad seguía intacta. Martha se dio cuenta, con una dolorosa resignación, de que no importa cuán brava sea la yuca que siembras, si la tierra no es fértil, no hay cosecha que valga la pena.

Vivir con Jorge era como vivir con un fantasma. Él se movía por la casa con una tristeza silenciosa, absorto en sus pensamientos y en una culpa que lo consumía. Su pusilanimidad no era solo una característica, era una enfermedad que lo carcomía por dentro. Tomar una decisión era un suplicio. Martha, acostumbrada a la acción y a la calle, se encontraba constantemente tomando las riendas de todo: las finanzas, la educación de su hija, la administración del hogar. El negocio de la familia de Jorge, que ahora estaba en sus manos, seguía estancado por su incapacidad para tomar riesgos.

Martha, con la dignidad que la caracterizaba, nunca le reprochó su debilidad. En el fondo, sentía pena por

él. Sabía que no se había casado con el hombre que había soñado, sino con la sombra de lo que él pudo haber sido. Sin embargo, no se dio por vencida. Buscó ayuda profesional, le sugirió terapia para procesar el luto y la culpa, pero Jorge siempre se negaba. “Estoy bien”, le decía, con una sonrisa que no les llegaba a los ojos. Su escape y su refugio eran sus hijos. Su hija, un reflejo de su propia fuerza, la inspiraba a seguir adelante. Su puesto en el mercado prosperaba y ahora contaba con una tienda en un centro comercial, y sus estudios continuaban. Su vida, en esencia, no había cambiado tanto. Seguía siendo la mujer que se había forjado a sí misma, la yuca brava que se negaba a pudrirse en la tierra blanda que le había tocado. En el silencio de la noche, Martha se preguntaba si había sido amor lo que la llevó a esa encrucijada, o una cruel broma del destino que la había puesto en el camino de un hombre que no estaba preparado para la vida. Y en esa pregunta, se dio cuenta de que su verdadera fortaleza no estaba en la batalla que había ganado, sino en el valor que tenía para seguir viviendo, a pesar de la batalla que había perdido.

La verdadera cárcel de un hombre no es la que otros construyen, sino la que él se niega a derribar por miedo a la libertad. Por muy brava que sea la yuca, no puede echar raíces en una tierra que no está dispuesta a ser cultivada.

*“Por muy brava que sea la yuca, no puede
echar raíces en una tierra que no está
dispuesta a ser cultivada.”*

CAPITULO 9

Un amor que asfixia

“El amor que asfixia, como una yuca, puede convertirse en una raíz que te ahoga en lugar de nutrirte.”

La vida de Flor, una mujer curtida por el sol y el peso de la viudez giraba en torno a Damián, su único hijo. Desde que enviudó muy joven de su amado policía, su amor por Damián se había convertido en una obsesión silenciosa, un miedo visceral a que el destino le arrebatara también a su niño. A medida que Damián crecía, su inteligencia precoz y su bondad natural eran motivo de orgullo para Flor, pero también fuente de una ansiedad creciente. El mundo exterior, con sus peligros y sus promesas de independencia, se convertía a sus ojos en una amenaza constante.

Flor nunca más miró a otro hombre después de que la bala silenciara la risa de su esposo en las calles de su barrio. Su mundo se redujo a Damián, su niño, la única semilla que le quedaba de un amor truncado. Su vida se convirtió en un monocultivo de sacrificio, donde cada esfuerzo, cada desvelo, cada moneda ganada lavando ajeno, se dirigía únicamente a nutrir esa frágil planta que era su hijo. No hubo espacio para nuevas ilusiones, para un segundo amor, para una vida propia más allá de la maternidad. Damián era su ancla, su consuelo, pero también, sin que ella lo comprendiera, su prisión.

Damián, un joven de corazón noble y una sensibilidad única, creció creyendo que era el hombre de la casa y con la ausencia de su padre no podía fallarle a su madre, era presa fácil de las artimañas maternas. Cada vez que se ilusionaba con la

idea de emprender el viaje, una crisis de salud de Flor, teatralmente oportuna, lo obligaba a postergar sus planes. La culpa, ese veneno silencioso, se filtraba en su alma, haciéndole sentir que elegir su propio futuro significaba abandonar a la mujer que lo había dado todo.

Los años se deslizaron como la tibia brisa de la ciudad, y Damián se quedó, estudiando medicina en la facultad local, un sueño descafeinado en comparación con la promesa lejana. Su vida social también se vio cercenada por el celo posesivo de Flor. Cualquier amigo que se acercara demasiado, cualquier muchacha que mostrara un interés genuino, era recibida con frialdad, con indirectas venenosas y con la victimización sutil de una madre que se sentía amenazada en su único vínculo. Damián, sin darse cuenta, se fue aislando, construyendo un mundo cada vez más pequeño alrededor de las necesidades y los miedos de su madre.

Su juventud se marchitó en la monotonía de los estudios y la constante preocupación por la salud de Flor, una salud que paradójicamente parecía florecer cada vez que él intentaba alzar el vuelo. En el silencio de su habitación, Damián a veces se preguntaba si el amor de su madre era un escudo protector o una jaula dorada, una yuca amarga que, aunque cultivada con las mejores intenciones, lo estaba privando del sol y del aire fresco que necesitaba para crecer fuerte y libre en el jardín de su propia existencia en Maracay. Y Flor,

en su ceguera amorosa, no se daba cuenta de que el miedo que tanto temía, el de perder a su hijo, se estaba volviendo una profecía autocumplida, al convertirlo en un hombre incompleto, incapaz de vivir plenamente su propia vida.

A medida que Damián crecía, Flor veía en él una repetición constante de su esposo, la misma sonrisa pícara, la misma inteligencia vivaz. Ese parecido la aferraba a él con una fuerza aún mayor, un intento desesperado de aferrarse a un pasado que se desvanecía. Cuando la brillantez de Damián lo catapultó hacia la posibilidad de estudiar medicina en Buenos Aires con una beca completa, Flor sintió que la tierra se abría bajo sus pies. No era solo la distancia física lo que la aterraba, sino la idea de perder el control sobre la vida de su hijo, de que otro mundo, otras influencias, lo alejaran de ella para siempre. Damián, atado por los lazos invisibles de la culpa y la compasión, renunciaba a sus sueños, a sus salidas con amigos, a las tímidas insinuaciones de alguna muchacha que se fijaba en su nobleza. Su vida se convirtió en una órbita constante alrededor de las necesidades de Flor. La beca a Buenos Aires se desvaneció, y su futuro se ancló a la facultad de medicina local, una elección dictada por el amor filial, pero teñida de resignación.

Flor, inmersa en su rol de madre protectora, no veía el precio que Damián estaba pagando. Su mundo se había estrechado hasta caber en las paredes de su humilde casa, y el horizonte de su hijo

se había limitado a lo que ella consideraba seguro. Nunca se dio cuenta de que, al intentar protegerlo del mundo, lo estaba protegiendo de vivir su propia vida. Su amor, puro en su intención, pero tóxico en su manifestación, se había convertido en una yuca amarga que, aunque cultivada con lágrimas y sacrificio, impedía que Damián echara raíces propias y floreciera en el jardín de su destino. Su existencia se había fundido con la de su hijo, hasta el punto de no existir la una sin el otro, una simbiosis enfermiza donde el miedo de una madre había castrado el futuro de su hijo.

Un día Damián conoció a Carla, en un pasillo de la facultad, ella corría porque como siempre llegaba algo tarde y el la vio pasar. Ella era un soplo de aire fresco en su vida, una muchacha de sonrisa brillante y una determinación que igualaba la suya en los estudios. Pero a diferencia de él, Carla provenía de un mundo de holgura y oportunidades. Su padre era un reconocido médico y dueño de una clínica prestigiosa en la ciudad, Damián vio en Carla todo lo que el anhelaba conseguir.

Su relación floreció con la naturalidad de dos almas jóvenes que comparten sueños y aspiraciones. Carla veía en Damián su inteligencia aguda, su sensibilidad y una ambición contenida que latía bajo su aparente resignación. Él, a su vez, se sentía deslumbrado por la seguridad de Carla, por su visión del futuro sin las limitaciones económicas que siempre habían marcado su vida. Con ella, por primera vez, se permitía soñar con

un horizonte más amplio, con una vida donde el esfuerzo se viera recompensado y donde las carencias fueran solo un recuerdo lejano. Un día, el padre de Carla, impresionado por la dedicación y el talento de Damián, lo invitó a trabajar con él en la clínica al graduarse. Era una oportunidad única, la puerta de entrada a un mundo profesional estable y próspero. Para Damián, la oferta era la llave para romper las cadenas invisibles que lo ataban a su pasado, la posibilidad real de construir un futuro diferente al lado de la mujer que amaba. A diferencia de Carla su padre si venia de orígenes muy humildes y fue lo que vio en él, esas mismas ganas de salir adelante que tenía en su juventud.

Pero cuando Damián compartió la noticia con Flor, la reacción fue la esperada: un torrente de angustia y desconfianza. “Hijo, no te dejes engañar por esa gente rica”, le advirtió con el rostro contraído por la preocupación. “Ellos solo buscan aprovecharse de nosotros, de nuestra necesidad. Tú tienes tu camino aquí, conmigo”. Sus creencias, arraigadas en años de lucha y desconfianza hacia quienes tenían más que ella, nublaban su juicio. No podía ver la oportunidad, solo el peligro.

Sin embargo, en el corazón de Damián, el amor por Carla y su instinto de superación eran más fuertes que nunca. Por primera vez, sintió la rebeldía florecer en su interior, una necesidad imperiosa de tomar las riendas de su propio destino. Amaba a su madre, la veneraba por los sacrificios

que había hecho, pero sabía que no podía seguir viviendo bajo su sombra protectora, renunciando a sus sueños y a la posibilidad de una vida plena. La “yuca” de Flor, aunque cultivada con amor, ya no podía sostener su crecimiento. Necesitaba otra tierra, un jardín propio donde sus raíces pudieran extenderse sin asfixiar a las de nadie más. La decisión estaba tomada, y aunque sabía que enfrentaría la tormenta de la desaprobación materna, por primera vez en mucho tiempo, Damián sintió una punzada de esperanza en el pecho.

El aire de la casa se volvió denso, cargado de una electricidad que presagiaba la tormenta. Flor, con los ojos anegados en lágrimas que no eran de tristeza, sino de rabia, miraba a Damián con una mezcla de traición y reproche. “¡Yo lo di todo por ti, Damián!”, le gritó con la voz rota. “Mi juventud, mi vida, mi felicidad... ¿Y así me lo pagas? ¿Cambiándome por un trabajo y una mujer de otra clase, de esas que se aprovechan de los que somos de abajo?».

La acusación, como un latigazo, golpeó a Damián en lo más profundo de su ser. Por un instante, la culpa que su madre le había sembrado durante años lo asaltó, pero esta vez, algo en él se había roto. La rabia, contenida durante años, floreció en sus ojos. Su voz, que siempre había sido un susurro sumiso, se alzó con una firmeza que Flor nunca le había conocido.

“¡Yo nunca te pedí que te sacrificaras, mamá!”, le respondió, y sus palabras cayeron como piedras

sobre el corazón de Flor. “Nunca te pedí que renunciaras a tu vida. ¿Crees que no me di cuenta de tus mentiras, de tus enfermedades repentinas? ¿Crees que no me dolió ver cómo destruías mi oportunidad de irme a estudiar, de tener una vida propia? Yo te amo, mamá, te amo con toda mi alma, pero no voy a cargar con la culpa de tu felicidad. No voy a ser tu yuca para toda la vida”.

Las palabras de Damián, crueles y verdaderas, fueron un eco de la realidad que Flor se había negado a ver. Su amor, que creía un escudo, había sido una cadena. Su sacrificio, que creía una virtud, había sido una prisión. En ese momento, la “yuca” de su hijo se le había vuelto a morder, un sabor amargo que le recordaba que no importa cuánto sacrifiques, no puedes obligar a alguien a ser tu “yuca” para siempre.

Esa noche, el silencio en la casa de Flor era un eco de las palabras de Damián. Se sentó en su viejo sillón a tomar su café tan amargo como su noche, en el mismo lugar donde había planchado muchas camisas y soñado el futuro para él, y vio pasar su vida como una película de cine. Vio las sábanas de ricos y la ropa de pobres, los billetes contados con cuidado, las madrugadas sin dormir. Vio el rostro de su esposo, el policía que la amó, y sintió el puñal de su pérdida. Y luego, vio a su hijo, Damián, la única razón por la que siguió de pie, la “yuca” que había cultivado con el sudor de su frente.

Pero en esa película, el final que ella había escrito no era el que estaba sucediendo. Había imaginado un

final donde Damián, un médico exitoso, la cuidaría con la misma devoción que ella le había dado, un final donde la yuca que ella había plantado crecería a su lado, para siempre. Nunca se le había pasado por la mente que Damián, su niño, se atrevería a tomar las riendas de su propia vida sin su permiso, sin su bendición. Se sintió traicionada, un sentimiento amargo que le quemaba la garganta. ¿Cómo era posible? Había renunciado a su juventud, a su vida, a la posibilidad de amar a otro hombre, todo por él. ¿Y así se lo pagaba? ¿Con la verdad más cruda y cruel que jamás había escuchado?

La frustración la invadió. Había creído que al darle todo, él le pertenecería. Que, al llenar su vida de amor, él nunca la dejaría. Se dio cuenta, con un dolor que superaba cualquier enfermedad que hubiera fingido, que la yuca que había plantado había crecido tan fuerte que ya no la necesitaba. Que su amor, ese amor que creía incondicional, se había convertido en un veneno que, en lugar de nutrirlo, lo había asfixiado. En el silencio de la noche, Flor, por primera vez, se sintió sola. Y en esa soledad, se dio cuenta de que su verdadera tragedia no había sido la muerte de su esposo, sino el amor que, al ser tan inmenso, no le había dejado a su hijo espacio para respirar.

El día de la graduación amaneció el cielo despejado y el sol radiante, como si la propia naturaleza celebrara el logro de Damián. En el aula magna de la universidad, el aire vibraba con la emoción contenida de los estudiantes, sus fami-

lias y los profesores. Damián vestía la toga y el birrete con una mezcla de orgullo y una punzada de incertidumbre. A su lado, Carla le sonreía, transmitiéndole la seguridad que a veces le faltaba. Su padre, el doctor, le había obsequiado un reloj elegante, un símbolo de su futuro prometedor en la clínica.

Entre el público, Flor ocupaba un asiento en la última fila, observando la escena con una expresión indescifrable. Había accedido a asistir, no sin antes una larga y dolorosa conversación con Damián, donde las palabras no dichas pesaban más que las pronunciadas. Su presencia era un testimonio silencioso de su amor maternal, aunque teñido de una sombra de resentimiento.

Cuando el nombre de Damián resonó por el micrófono al ser llamado al estrado, un escalofrío recorrió su espalda. Subió los escalones con paso firme, recibiendo su título de médico con una mezcla de alivio y satisfacción. En ese instante, sus ojos buscaron a Flor entre la multitud. La encontró, solitaria y seria, sin la sonrisa orgullosa que otras madres lucían.

Al finalizar la ceremonia, Carla y su padre lo abrazaron con alegría, celebrando su éxito. Damián sintió una oleada de gratitud hacia ellos, por haberle ofrecido un camino, una oportunidad de construir la vida que siempre había anhelado. Luego, con una mezcla de nerviosismo y determinación, se acercó a Flor.

Flor tomó el pergamino entre sus manos, sus ojos recorriendo las letras doradas. Un suspiro apenas audible escapó de sus labios. Levantó la mirada hacia Damián, y por un instante, pareció que las palabras de reproche que siempre estaban al borde de su lengua se iban a desbordar. Pero algo en la mirada firme de su hijo, en la promesa de un futuro que él había elegido, la detuvo.

“Felicidades, hijo”, dijo finalmente, su voz apenas un murmullo. En ese momento, Damián supo que la “yuca” de su madre, aunque seguía allí, aferrada a la tierra, quizás, solo quizás, había comenzado a soltar algunas de sus raíces. El camino por delante no sería fácil, pero por primera vez, sentía que lo recorrería con sus propios pies.

El amor de una madre es un jardín, no una prisión. La verdadera lección de la historia de Flor y Damián es que el amor, cuando se torna posesivo y se convierte en un sacrificio total, puede volverse una yuca amarga que asfixia en lugar de nutrir.

Para una madre el mayor acto de amor no es renunciar a la vida por un hijo, sino vivir una vida plena para enseñarle a él a vivir la suya. Al sacrificarlo todo, Flor no cultivó una yuca dulce, sino una planta con raíces de culpa y miedo que se extendieron hasta el alma de su hijo. Una madre debe ser un faro que guía, no un ancla que retiene.

Para un hijo La gratitud es una virtud, pero la esclavitud no es una obligación. Damián honró los sacrificios de su madre, pero su error fue permitir que esa gratitud se convirtiera en la única tierra de su existencia. No se puede vivir una vida entera para pagar una deuda que nunca pediste.

La verdadera yuca, la que nutre y da vida, es aquella que crece en libertad, que se nutre del sol y del aire fresco, y que le enseña al mundo que el amor, en su forma más pura, es la libertad de florecer.

*“El amor que asfixia no es amor, es una
deuda que nadie puede pagar.”*

CAPITULO 10

El precio de una vida compartida

*No es la cantidad de yucas las que te hacen
feliz, sino la calidad de una sola raíz
buena...*

La vida de Eva era una muy sólida, de esas que se siembra con disciplina y dan un fruto nutritivo y confiable. A sus cincuenta y tantos años, esta periodista exitosa, de cuerpo atlético y belleza natural, había cultivado un jardín a su medida. Viajaba por el mundo, escribiendo crónicas desde los confines más remotos del planeta. No necesitaba de un marido para sentirse completa, ni de un hijo para dejar una huella en el mundo. Su madre, preocupada por su soltería, le recordaba constantemente que “se le iba el tren”, pero Eva, que veía a su alrededor la inmadurez de su hermano, padre de hijos de diferentes madres, sabía que su tren la llevaría a otros destinos, para Eva el tren salía todos los días y varias veces, no le preocupaba para nada ese asunto de ser madre.

En su vida, tenía a su lado a Raúl, un hombre diez años mayor que ella, con el que mantenía una relación de más de diez años. Su amor era una yuca que se cocinaba a fuego lento, sin la presión de un hogar formal. Vivían juntos, se turnaban entre sus casas, compartían gastos. Pero si el amor de Eva era una yuca bien plantada, la de Raúl era una raíz que se iba pudriendo. Un empresario «medio fracasado» que había conocido el éxito treinta años atrás, culpaba de su declive a la situación del país, nunca a su ineptitud para adaptarse. Mientras Eva prosperaba, Raúl se marchitaba, un contraste que ella, en su ceguera

amorosa, no quería ver aunque la vida y su familia constantemente se lo querían demostrar.

La primera señal de que la yuca de Raúl estaba podrida llegó una noche, cuando su teléfono sonó en la mesa mientras él se duchaba. La llamada entrante decía: “Carpintero”. Eva, acostumbrada a la discreción, no respondió. A la mañana siguiente, mientras se preparaban para irse, el teléfono de Raúl volvió a sonar. Un mensaje de texto entró y esta vez, la curiosidad le ganó a Eva. Deslizó la pantalla y leyó el mensaje: “Soñé contigo”.

Un escalofrío le recorrió la espalda. “Carpintero”, pensó, un nombre tan genérico, tan inocente. Pero el mensaje, ese susurro de amor prohibido, la dejó en shock. No le dijo nada, lo dejó pasar, convencida de que el amor que se tenían era más fuerte que cualquier sospecha. Raúl, por su parte, se comportaba como un santo, como si la noche anterior no hubiera existido, como si no hubiera un fantasma en su teléfono.

La verdad, como una bomba de tiempo, explotó días después. El teléfono de Raúl, que se comportaba con la rectitud de un sacerdote, volvió a sonar con una notificación de WhatsApp. Era una foto de un ecosonograma, y en el mensaje “serás padre”. La imagen, borrosa y en blanco y negro, era la prueba irrefutable de que la yuca de Raúl no solo estaba podrida, sino que estaba a punto de dar un fruto inesperado, en ese momento el mundo de Eva se paralizó, su mente se nubló, sintió que todo quedó en blanco, pensó

en los viajes que había realizado con Raúl, las veces que Eva lo ayudo económicamente para que su negocio no quebrara, fueron muchas cosas a la vez, los reproches de su madre con un sexto sentido, el pagar la cuenta casi siempre, la mentira, la traición...

Sin dudarlo, Eva tomó el número del “Carpintero” y lo buscó en WhatsApp. En el perfil, no encontró a un hombre, sino a la mujer del mensaje, y junto a ella, la foto familiar perfecta: un hombre, un niño, una mascota. La imagen, limpia y pulcra, era un golpe bajo a su alma. Eva se sintió mareada, como si el mundo se hubiera vuelto al revés. Salió de la casa, necesitaba aire, necesitaba respirar. El dolor era tan grande que no podía procesarlo sola. Con la mano temblorosa, marcó el número de su mejor amiga, Dayana. La voz le salió entrecortada. “Dayana, necesito verte, no sé qué hacer”.

Eva encendió el motor de su auto y, con un temblor en las manos, salió del estacionamiento. El trayecto hasta la casa de Dayana, que en cualquier otro momento le habría tomado apenas quince minutos, se le hizo un viaje al purgatorio. El volante se sentía frío y extraño entre sus manos, como si estuviera manejando el auto de un desconocido.

Las calles de Maracay que siempre le habían parecido tan familiares, ahora se veían como un paisaje de un mundo ajeno. Las luces de los carros que venían de frente, los semáforos en rojo que le gritaban que se detuviera, el bullicio de los ven-

dedores ambulantes... todo era un ruido molesto, una confusión que no le permitía pensar. El dolor que sentía era como una marea alta, que subía y bajaba, dejándola sin aliento. Se sentía traicionada, humillada, estúpida. Doce años de su vida, doce años de amor, de lealtad, de sacrificios económicos, se habían desvanecido en un instante, como un castillo de naipes.

Las lágrimas se le desbordaron, empañando su visión. Tuvo que orillarse por un momento para secarse los ojos. Se miró al espejo retrovisor y no reconoció a la mujer que la miraba de vuelta. Esa mujer, con el rímel corrido y el rostro desencajado, no era la periodista exitosa que había conquistado el mundo. Era una mujer rota, una “yuca” que había sido pelada por el engaño. Se sintió como una turista en su propia vida, una vida que ya no le pertenecía. Finalmente, llegó a la casa de Dayana. Salió del carro, sus piernas temblaban, y tocó el timbre, esperando que el abrazo de su amiga fuera suficiente para rescatarla de la yuca podrida en la que se había convertido su vida.

Dayana abrió la puerta con el rostro contraído por la preocupación. Apenas vio a Eva, con los ojos enrojecidos y la mirada perdida, supo que el “carpintero” no era un mueble, sino una traición. Sin mediar palabra, la abrazó con una fuerza que le dijo a Eva todo lo que necesitaba escuchar. Dayana la guio hacia el sofá, donde Eva se desplomó, soltando el aire que había contenido en sus pulmones.”¿Qué pasó, mi amor? ¿Qué te

hizo ese imbécil?”, preguntó Dayana, con una voz suave pero firme.

Eva no podía hablar. Las lágrimas se desbordaron como un río furioso. Entre sollozos, le contó lo que había descubierto: el mensaje, el eco sonograma, el “serás padre”, la foto familiar. Dayana la escuchaba con el rostro pálido, sin poder creer que un hombre fuera capaz de tanta bajeza.

“¿Sabes qué es lo peor, Dayana?”, dijo Eva, secándose las lágrimas con la manga de su blusa.

“Que yo era la tonta que creía que teníamos una relación perfecta. Yo, la periodista que desenmascara a los mentirosos, me dejé engañar por un hombre que vivía en una burbuja de hipocresía. Fui una yuca dulce en un campo de yucas podridas”.

Dayana la miró con compasión. “No digas eso, Eva. Tú no tienes la culpa. La culpa es de él, de su cobardía, de su egoísmo. Tú eres una mujer increíble, exitosa, hermosa... Él es el que se perdió a la mejor mujer del mundo. Y sabes algo, ese tipo de hombres, al final, siempre terminan solos. No importa cuántas mujeres tengan, nunca tienen a nadie”.

Las palabras de Dayana, como un bálsamo, comenzaron a sanar las heridas de Eva. Se sintió menos sola, menos estúpida. Se dio cuenta de que no había perdido a un gran hombre, sino que se había liberado de una yuca podrida que, si la hubiera dejado en su vida, la habría envenenado para siempre.

Esa noche, Eva y Dayana no hablaron más de Raúl. Hablaron de trabajo, de viajes, de planes futuros. Hablaron de la vida que Eva tenía por delante, una vida sin mentiras, sin secretos, una vida donde la yuca que plantaría sería dulce, nutritiva y, sobre todo, real.

El sol de la mañana, que se colaba por la ventana de la habitación de Dayana, era un recordatorio cruel de que la vida seguía, a pesar de que el mundo de Eva se había desmoronado. Se levantó de la cama con el cuerpo adolorido y el alma vacía. La noche anterior, las palabras de Dayana habían sido un bálsamo, pero la herida seguía allí, abierta y palpitante. Mientras Dayana preparaba café, Eva tomó su laptop. No era rabia lo que sentía, sino una necesidad periodística de desenterrar la verdad. Tomó el teléfono de Raúl que había traído consigo, y se sumergió en el universo digital del hombre que la había engañado por doce años. Las contraseñas, los nombres de contacto con apodos tan inocentes como “Carpintero”, todo estaba allí, a su disposición.

Lo que descubrió fue un laberinto de engaños, una telaraña de mentiras tan compleja que Eva se sintió mareada. El “Carpintero” no era la única. Había otras: “Electricista”, “El Profe”, “ingeniero”. Los nombres eran como estacas que se clavaban en su alma. Cada conversación, cada mensaje de texto, cada foto que descubría era un puñal más en su corazón. Raúl tenía un sistema. Un horario. Un día para cada mujer. El martes

para una, el jueves para otra, el fin de semana para la “Carpintero”. Eva, con el rostro desencajado por la impresión, le mostró a Dayana su descubrimiento. Dayana, con los ojos como platos, no podía creer que un hombre fuera capaz de tanta bajeza. “Es un depredador”, susurró, con la voz ahogada por la rabia.

“No es un depredador, Dayana”, respondió Eva, con una frialdad que la sorprendió a ella misma. “Es una yuca toxica. Y yo, por doce años, me alimenté de su veneno, creyendo que era un dulce manjar. El verdadero error no fue él, fue mío. Por haber creído que el amor, como la yuca, no podía estar podrido por dentro”.

Esa mañana, Eva no solo descubrió la infidelidad de Raúl, sino que se descubrió a sí misma. Una mujer que, a pesar de toda su inteligencia y su éxito, se había dejado engañar por la mentira más vieja del mundo. Pero a diferencia de las yucas podridas, ella no se pudriría. Se levantaría, se sacudiría la tierra y buscaría una tierra fértil para sembrar su propia vida. La furia fría de Eva, templada por su instinto periodístico, se convirtió en un plan metódico. No buscaría el escándalo fácil, pero tampoco dejaría impune la red de engaños de Raúl. Con la ayuda discreta de Dayana, comenzó a contactar a las otras mujeres. No fue difícil. Los nombres en el teléfono de Raúl eran pistas claras, y las redes sociales hicieron el resto. La “la profe” resultó ser una joven instructora

de fitness, ilusionada con un “empresario separado”. “Ingeniero” era una proveedora, creyendo en un romance discreto para no afectar su reputación. “Electricista” era una cajera, enamorada de un cliente “influyente”. Cada historia era una variación del mismo patrón: promesas vacías, encuentros furtivos y una versión edulcorada de la vida de Raúl.

El nudo más complejo era el del “Carpintero”, cuyo nombre real era Patricia. Eva, con el corazón en un puño, logró contactarla bajo un pretexto profesional. La conversación inicial fue tensa, pero cuando Eva deslizó sutilmente detalles sobre la “vida paralela” de Raúl, Patricia se derrumbó. La verdad, dicha por una voz desconocida, resonó con sus propias sospechas.

El enfrentamiento se produjo de forma inesperada. Patricia, desesperada y confundida por la posibilidad de que el hijo que esperaba no fuera de su esposo confrontó a Raúl en la calle, cerca de la universidad donde él fingía dar clases. Eva, avisada por Patricia, observaba desde la distancia, acompañada por Dayana.

Los gritos de Patricia atrajeron la atención de los transeúntes, que se detuvieron a observar el espectáculo con curiosidad. Raúl, pálido y visiblemente alterado, intentaba calmarla con un susurro desesperado, pero la verdad ya estaba saliendo a la luz. En medio de la acalorada discusión, apareció Ricardo, el esposo de Patricia, un hombre corpulento y de rostro serio, con la

mirada de quien ha visto demasiado en las calles de Maracay. Ricardo no era un hombre cualquiera, era un policía, con un matrimonio aparentemente sólido con Patricia desde hacía diez años y un hijo que, hasta hace poco, había sido su única preocupación.

Ricardo estaba en su trabajo cuando recibió un mensaje de texto. No era una llamada, sino una notificación que le decía que su esposa se estaba sintiendo mal por el embarazo. Su corazón de padre se encogió. Salió de su oficina, se montó en su auto y se dirigió a toda velocidad al lugar que le indicaba el mensaje. No sabía que estaba yendo a un ajuste de cuentas, un enfrentamiento que cambiaría su vida para siempre.

Llegó al lugar y vio a Patricia, su esposa, gritándole a un hombre desconocido. Su rostro, que él conocía tan bien, estaba desfigurado por la rabia y el dolor. Vio la foto del ecosonograma que ella sostenía con la mano temblorosa, la misma foto que él había visto en su teléfono días antes, la misma foto que lo había llenado de una emoción indescriptible. Pero ahora, esa foto era la prueba de la traición.

La furia creció en su pecho, una furia silenciosa y peligrosa. La yuca que él creía haber cultivado con amor, con lealtad y con confianza, estaba podrida. Ricardo no dijo una palabra. Simplemente se acercó a Raúl, lo miró a los ojos, y supo que era él, el “Carpintero” de los sueños de Patricia. La escena fue caótica. Los reclamos de Patricia,

las negaciones torpes de Raúl, la furia creciente de Ricardo. El teatro de Raúl se desmoronó pieza por pieza, dejando al descubierto la yuca podrida que era su vida. Eva, observando desde la distancia, vio el horror en el rostro de Ricardo, el dolor de un hombre que había sido traicionado por su propio amor.

Ricardo avanzó con una determinación escalofriante. Su entrenamiento policial se hizo evidente en la frialdad de su mirada y la tensión de sus músculos. No había gritos de su parte, solo una quietud amenazante que contrastaba con el caos que se acercaba. Tomó a Patricia del brazo con suavidad, apartándola un paso de Raúl, como si lo estuviera descontaminando de su presencia. “Patricia, vámonos”, dijo con una voz tan baja que apenas se escuchó por encima del murmullo de los curiosos. Su esposa, con los ojos anegados en lágrimas, asintió sin resistencia. Pero antes de darse la vuelta, Ricardo clavó su mirada en Raúl. No hubo amenazas vacías, ni insultos. En sus ojos oscuros, Raúl leyó algo mucho más aterrador: la certeza de que este asunto no terminaría aquí.

Mientras Ricardo se llevaba a Patricia, la escena atrajo a más personas. Las otras mujeres, alertadas por el discreto grupo de WhatsApp que Eva y Dayana habían creado, comenzaron a llegar, cada una con una mezcla de curiosidad y temor. Al ver a Raúl acorralado, con el rostro desencajado y la camisa sudada, la verdad se hizo evidente

en sus ojos, cada rostro femenino era un espejo roto de la misma mentira.

Raúl intentó articular alguna excusa, pero las palabras se ahogaban en su garganta. El teatro se había caído, las luces se habían encendido y el público, compuesto por sus engaños, lo observaba con desprecio. Su declive económico no era nada en comparación con la bancarrota moral que ahora enfrentaba. La yuca podrida de su vida había quedado expuesta a la luz del sol, apestando a traición y doblez en pleno corazón de Maracay. Eva, desde su discreto observatorio, sintió una punzada de tristeza, no por Raúl, sino por todas las mentiras que le había dicho. La comedia había terminado, dejando tras de sí un reguero de corazones rotos y una verdad innegable: el amor, cuando está podrido en su raíz, solo puede dar frutos amargos.

Una vez más, el silencio de la noche se apoderó de Maracay. La luna, en un cielo despejado, iluminaba la puerta de Eva. Al otro lado, Raúl tocó el timbre. Primero, con timidez. Luego, con desesperación. Finalmente, con un frenesí que reflejaba el caos de su alma. Pero la puerta no se abrió. Dentro, Eva observaba desde la cámara. Lo vio, un hombre roto, su figura de empresario exitoso ahora era solo una sombra de lo que fue. Su ego, tan inflado en los últimos años, se había desinflado como un globo pinchado. Vio las lágrimas en su rostro, las mismas lágrimas que él nunca le había dado a ella. "Eva, por favor", susurró con la

voz quebrada. “Ábreme. Déjame explicarte. No es lo que parece”.

Pero Eva no abrió. En su mente, una película de años se reproducía en cámara rápida. Las cuentas que ella pagaba, los viajes que ella costaba, las mentiras que ella ignoraba. Ella había sido una “yuca” dulce, nutritiva y confiable, pero él se había comido su bondad para alimentar sus propias mentiras. Las lágrimas de Raúl, que él creía un salvoconducto para su perdón, no eran más que la prueba de su egoísmo. No sentía remordimiento por lo que había hecho, sino por lo que había perdido: la única mujer que lo había amado de verdad.

Raúl tocó una vez más, con la esperanza de que la puerta se abriera. Pero Eva, con una copa de vino en la mano viendo la cámara de seguridad, recordó el mensaje del “carpintero”, el ecosonograma, el rostro de Ricardo, el de las otras mujeres. Y comprendió que el amor, como la yuca, no podía ser dulce si la raíz es amarga. Dio la espalda a la cámara, y se fue a su cama, con la certeza de que el hombre que había amado no era quien creía. Y por primera vez en una mucho tiempo durmió tranquila. Dejó de ser la “yuca” de Raúl para convertirse en la mujer que siempre había sido: una yuca sólida, nutritiva y, sobre todo, libre.

Eva despertó a la mañana siguiente sintiendo una ligereza que no había experimentado en años. El silencio en su apartamento ya no era un vacío, sino un lienzo en blanco para su nueva vida. Las

lágrimas de la noche anterior se habían secado, y en su lugar, había una determinación férrea, la misma que la había llevado a la cima de su carrera. El sol de Maracay, que se colaba por las persianas, se sentía como un abrazo cálido, un recordatorio de que la vida seguía, y que era suya para vivirla.

La “yuca” podrida de Raúl ya no era parte de su vida. Ahora, Eva se dedicaría a pelar y a sanar sus propias raíces. En los días y semanas que siguieron, se sumergió en su trabajo con una pasión renovada, dedicando su energía a proyectos que había dejado de lado. Se inscribió en un gimnasio nuevo, retomó su rutina de yoga y volvió a practicar senderismo en las montañas. Cada kilómetro que caminaba, cada gota de sudor que derramaba era un paso más lejos del pasado.

También se dedicó a reconectar con su familia y amigos. Visitó a su madre, y por primera vez en mucho tiempo, no tuvo que escuchar sus reproches por su soltería. Su madre, con una mezcla de sorpresa y orgullo, veía cómo su hija, esa mujer sólida y viva, había recuperado su brillo. Eva la ayudó a entender que el amor no se mide por un anillo o un hijo, sino por la paz que se siente al estar consigo misma.

Un año después, mientras Eva navegaba por el Mediterráneo en un crucero, un nuevo proyecto periodístico la llevó a un pueblito de Grecia. Allí, en un café de la calle empedrada, conoció a

un hombre. Era un fotógrafo, de ojos amables y manos sabias. No le preguntó por su edad, por su pasado o por su dinero. Solo le preguntó por la historia de su vida. Y Eva, por primera vez en mucho tiempo, le contó su historia, la de una mujer que había vivido con una “yuca” podrida, pero que había aprendido a sembrar su propio jardín. La historia de Eva no termina con un final de cuento de hadas. Termina con un final real, uno donde el amor no es una yuca que se te da, sino una que se siembra, se cultiva y se cosecha con el cuidado de tus propias manos.

Esta historia puede ser un recordatorio de que a veces, el amor más peligroso es el que se disfraza de estabilidad y comodidad.

El amor, como la yuca, puede parecer dulce y nutritivo por fuera, pero si sus raíces están podridas por la mentira y la falta de honestidad, solo puede dar frutos amargos. La verdadera fortaleza no está en aferrarse a una relación por costumbre, sino en tener el valor de cortar una raíz podrida para poder sembrar tu propio jardín y florecer en libertad.

CAPITULO 11

El Precio de la Infidelidad

*Las raíces del engaño crecen en la oscuridad,
pero su fruto amargo siempre sale a la luz.*

El vapor de la cafetera danzaba en el aire de la pequeña cafetería universitaria, mezclándose con el aroma dulce de los panes de guayaba recién horneados. Julia, con sus jóvenes 20 años y la energía vibrante de quien persigue un sueño, se movía con gracia detrás del mostrador. Sus manos, destinadas a dominar el arte de la alta cocina, preparaban sándwiches y servían cafés con una sonrisa que iluminaba el rincón. Su meta era clara: cada propina, cada jornada extenuante, la acercaba un poco más a las cocinas de los grandes restaurantes que veía en sus libros.

Martín, con sus 28 años y la seriedad de un futuro abogado, solía ser uno de sus clientes habituales. Enfrascado en sus códigos y apuntes, buscaba en el café la cafeína necesaria para afrontar las últimas embestidas de la carrera de derecho. Julia observaba en secreto su ceño fruncido en señal de concentración, la forma en que se mordía el labio inferior cuando encontraba una dificultad. Le parecía un hombre serio, quizás demasiado, pero había algo en sus ojos oscuros que a veces se suavizaba cuando la miraba, algo que la hacía sentir una punzada cálida en el pecho.

Él, a su vez, se había fijado en las atenciones de Julia, en la manera en que atendía a todos con una palabra amable, incluso en los días más ajetreados. Le gustaba su risa fácil, el brillo de sus ojos cuando hablaba de su pasión por la cocina. Sin darse cuenta, las visitas al cafetín se volvieron

una excusa para verla, para intercambiar alguna frase casual, para sentir por un instante que el peso de sus estudios se aligeraba.

El último año de Martín en la universidad transcurrió entre leyes y las miradas cómplices que compartía con Julia. Una tarde, entre tazas vacías y migas de pan, la conversación se hizo más profunda. Julia le contó sus sueños de abrir su propio restaurante, de crear sabores que evocaran recuerdos y emociones. Martín, a su vez, confesó su creciente desilusión con el mundo del derecho, la falta de pasión que sentía por una profesión que otros habían elegido para él.

El flechazo fue rápido, intenso, alimentado por la juventud y las ilusiones compartidas. Se enamoraron con la certeza de quien encuentra una pieza que encaja perfectamente en su rompecabezas. Pero la vida, a menudo, tiene giros inesperados. A las pocas semanas de iniciar su relación, Julia descubrió que un nuevo sueño comenzaba a gestarse en su interior: un hijo.

La noticia los tomó por sorpresa, obligándolos a confrontar una realidad para la que no estaban preparados. La ilusión de un futuro juntos se precipitó, empujándolos a tomar decisiones trascendentales. La “responsabilidad” se convirtió en la palabra clave, un lazo que los unió bajo la presión de las circunstancias. Se casaron rápidamente, en una ceremonia sencilla, con la promesa tácita de construir un futuro para el bebé que venía en camino.

Al principio, como suele suceder, la rutina del matrimonio se impuso con una aparente normalidad. Martín, aunque con cierta distancia emocional, cumplía con sus deberes como esposo y futuro padre. Pero Julia, con su corazón generoso y su necesidad de cuidar de todos, no notó las pequeñas señales de desapego: las noches ocasionales que pasaba “en casa de sus padres”, un pretexto vago que él ofrecía sin mucha convicción. En el fondo, Martín sentía que se había precipitado, que la obligación lo había arrastrado a un compromiso que su corazón no anhelaba por completo. Julia, en cambio, amaba a Martín con la intensidad de su alma altruista, sin percibir la fragilidad de los cimientos sobre los que estaban construyendo su vida.

La vida, para Martín, se había convertido en una cruel ironía. A pesar de haberse graduado como abogado, no encontró trabajo que considerara “a su altura”. La solemnidad de su título se desvaneció ante la realidad de que tenía una familia que mantener, una esposa embarazada. Con una profunda herida en el ego, aceptó un trabajo como gandolero en una empresa de transporte. Al principio, cada kilómetro que recorría era una derrota, un recordatorio constante de su fracaso y de la vida que se le había impuesto. El olor a diésel, el rugido del motor, las largas horas al volante... todo era una tortura.

Pero con el tiempo, la resignación se transformó en una escapatoria, la gandola se convirtió en su santuario. La carretera era su refugio, un

lugar donde podía ser él mismo, lejos de las responsabilidades de un matrimonio que no quería y de una vida que no había escogido. Las salidas a diferentes puntos del país, que al principio eran una carga, se convirtieron en su liberación. La vida de gandolero, con su constante movimiento, le ofrecía una libertad que la vida de casado no le daba.

Para nadie es un secreto que los gandoleros son como los marineros: tienen un amor en cada puerto. Martín no era la excepción. En cada ciudad, en cada parada, encontraba un consuelo para su alma errante. Mujeres que, como él, buscaban un escape, un momento de pasión sin compromisos. No eran relaciones profundas, solo encuentros pasajeros, lazos débiles que le permitían llenar un vacío emocional.

Julia, en casa, solo se daba cuenta de su ausencia. Lo veía irse y lo esperaba con la comida caliente, el corazón lleno de amor, sin saber que la “yuca” que le estaba dando, él ya no la quería. Y mientras Julia seguía esperando, la vida de Martín, llena de engaños y ausencias, estaba a punto de envenenar su existencia de una manera que jamás había imaginado. Las “infidelidades” eran solo la punta del iceberg, una enfermedad silenciosa estaba creciendo en las sombras. La historia de sus padres se estaba repitiendo, y la yuca amarga de la infidelidad estaba a punto de dar un fruto podrido, uno que ni el amor ni el perdón podrían sanar.

Mientras Martín se perdía en los laberintos del asfalto y de la infidelidad, Julia sembraba su pro-

pio jardín. El embarazo, lejos de ser un obstáculo, se convirtió en el catalizador de un sueño largamente postergado. A pesar de su preocupación por ella y la inestabilidad de su relación, su familia la apoyó incondicionalmente, un contraste brutal con la disfuncionalidad que la había rodeado toda su vida. Con la ayuda financiera de sus padres y los ahorros que había acumulado con su trabajo en la cafetería universitaria, Julia se atrevió a dar el salto.

El local, pequeño y acogedor en un barrio céntrico de Maracay, se transformó en “Gran Jardín”. Un lugar donde el aroma a café, pan recién horneado, plantas naturales y especias exóticas te daban la bienvenida con un abrazo cálido. Julia, con la disciplina de una chef profesional y una pasión soñadora, se entregó a su trabajo en cuerpo y alma. Ella sabía que los mejores platos de la universidad habían sido sus creaciones, y ahora era el momento de aventurarse en su propio ciclo.

Mientras Martín se hundía en su resignación, Julia florecía. Cada plato que creaba era una obra de arte, un reflejo de su amor por la cocina y por la vida. Sus clientes se volvieron una extensión de su familia, y la cafetería se convirtió en su santuario, un lugar donde podía ser ella misma, sin tener que preocuparse por las ausencias de Martín o la frialdad de su matrimonio. La “yuca” de su vida, que había sembrado con disciplina y altruismo, estaba dando un fruto dulce y nutritivo.

Julia era feliz. Su éxito no se medía en dinero, sino en la satisfacción de hacer lo que amaba. Ella había logrado lo que Martín no: encontrar su vocación y hacerla suya. Pero el contraste entre sus vidas era tan grande que era imposible de ignorar. Ella, que había logrado hacer realidad su sueño, estaba casada con un hombre que se negaba a perseguir el suyo. La historia de sus padres, con sus matrimonios rotos y sus vidas paralelas, se estaba repitiendo, y la yuca amarga de la infidelidad estaba a punto de envenenar su jardín.

Diez años pasaron como un parpadeo en la vida de Julia y Martín. La familia creció con la llegada de su segundo hijo, un niño que trajo consigo una nueva luz a un matrimonio que, en la superficie, parecía funcionar. Pero el tiempo, lejos de sanar las heridas, las había profundizado. Mientras Julia florecía, Martín se marchitaba. Se había estancado en su trabajo como gandolero, un empleo que ya no era una excusa, sino su única realidad.

Julia, por su parte, había alcanzado un nuevo nivel de éxito. “Gran Jardín” se había convertido en un referente gastronómico en Maracay, y la demanda la había llevado a abrir un restaurante más grande, un local elegante y acogedor, con una terraza y un jardín que eran el reflejo de la vida que ella había cultivado. Un día, mientras preparaban la mudanza al nuevo local, Julia se armó de valor y se lo propuso a Martín.

“Martín”, dijo, con una voz llena de esperanza, “renuncia a tu trabajo. Ven conmigo. Necesito

un administrador, alguien que me ayude con las cuentas, con la logística. No quiero que te sigas perdiendo en la carretera, que te sigas perdiendo la vida de nuestros hijos”.

Martín la miró, con una mezcla de sorpresa y temor. La propuesta de Julia era una tabla de salvación, una oportunidad para dejar atrás su vida de engaños y ausencias. Pero también era una trampa. Si renunciaba a su trabajo, si dejaba la carretera, ya no tendría un escape, no tendría un lugar donde esconderse de su matrimonio. La gandola, que alguna vez fue su resignación, ahora era su prisión, pero también su refugio. La “yuca” amarga de su vida había crecido tanto que ya no podía cortarla. Las infidelidades, que comenzaron como un escape, ahora eran una parte intrínseca de su existencia. No podía dejar a las mujeres que había conocido en el camino, ni la libertad que le daban. El matrimonio con Julia, aunque lleno de amor por parte de ella, era una obligación, una carga que no podía seguir llevando. La historia de sus padres se estaba repitiendo, y el final, lejos de ser dulce, sería amargo y doloroso. La yuca de la infidelidad estaba a punto de envenenar su existencia.

Y en ese preciso momento, Julia, que había estado sintiéndose extraña por un tiempo, comenzó a tener síntomas preocupantes. Un cansancio inexplicable, fiebres que iban y venían. Ella, que siempre había sido una mujer saludable, se sintió traicionada por su propio cuerpo. La yuca de su

vida, que había sembrado con tanto cuidado, estaba a punto de dar un fruto podrido, uno que ni el amor ni el perdón podrían sanar.

El diagnóstico, una sola palabra que cambió el curso de su existencia, resonó en el consultorio. Julia no lo creyó. No podía. Era imposible. Su vida, esa “yuca” que había sembrado con tanto cuidado y esfuerzo, no podía estar podrida. Hizo lo que todo posible, investigo y buscó la verdad. Repitió el examen una, dos, tres veces, con la esperanza de que un error, una equivocación, la librara de esa pesadilla. Pero el resultado era siempre el mismo. VIH.

En su desesperación, buscó refugio en su hermana, la única persona a la que le había confiado su secreto. La hermana de Julia, una mujer de carácter fuerte, la escuchó con el rostro desencajado por la rabia. “¡Maldito sea Martín!”, gritó, y sus palabras eran puñales que se clavaban en el alma de Julia. “Sabía que algo no andaba bien con ese hombre. Siempre lo supe. Con sus ausencias, con sus excusas. Es un cobarde, un miserable”.

La noticia corrió como pólvora. Los padres de Martín, que siempre habían visto el trabajo de su hijo como una vergüenza, ahora veían la verdad detrás de su vida paralela. La vergüenza se apoderó de ellos, pero no la rabia. Solo se preocupaban por su hijo. Y para Julia, la hipocresía era una yuca tan amarga como la enfermedad.

Sus propios padres, en su inocencia, vivían en la ignorancia. Julia y su hermana, en un acto de protección, decidieron no contarles. El “cómo” y el

“por qué” eran preguntas que no se atrevían a contestar. Lo más importante ahora era su salud y la de sus hijos. Un nuevo examen, una nueva pesadilla: sus hijos estaban a salvo. Un suspiro de alivio se escapó de sus labios. La “yuca” de sus hijos, por suerte, no estaba podrida.

Pero el reloj no se detenía. La etapa 1, el diagnóstico del médico, le daba una pequeña ventana de esperanza. Tenía que comenzar el tratamiento, tenía que luchar por su vida. Y fue en ese momento, cuando la vida de Julia parecía estar en su punto más bajo, que Martín la culpó. “Seguro me lo pegaste tú”, le soltó, con una voz llena de rabia y egoísmo. “Sabía que me engañabas”.

Julia lo miró, y no vio rabia en sus ojos, sino pánico. Pánico de que la yuca podrida que había sembrado por años se volviera en su contra. Fue en ese momento, cuando él la culpó, que la verdad salió a la luz. Los exámenes que el médico le había ordenado a Martín confirmaron que él también era VIH positivo. Y fue entonces, cuando supo que él también estaba enfermo, que Julia, en un acto de amor y compasión mal dirigidos, comenzó a justificarlo. Delante de su hermana, con la voz quebrada por la tristeza, dijo: “Él no lo hizo a propósito. Él no sabía. Él también es una víctima”.

Su hermana, con el rostro desencajado por la rabia, la miró como si no la conociera. “¡Julia!”, le gritó. “¿Estás loca? ¿Víctima? ¿Cómo puedes decir eso? Él te contagió. ¡Él te traicionó! ¡Él es el culpable!”.

Pero Julia no la escuchaba. En su mente, una nueva narrativa se estaba formando. Martín, el gandolero que se había perdido en la carretera, ya no era el villano, sino un hombre perdido. Un hombre que, como su padre, había crecido en un hogar disfuncional, sin un ejemplo de amor verdadero. Y ella, con su corazón altruista, se sintió obligada a justificarlo, a protegerlo, como si él fuera un niño perdido y no un hombre de más de cuarenta años con una doble vida.

La justificación de Julia era una yuca podrida que se negaba a tirar. Era más fácil justificarlo que aceptar la verdad, que su matrimonio había sido una farsa, que su amor no había sido suficiente, que su vida había estado basada en una mentira. La “yuca” de su compasión, que siempre había sido su fortaleza, ahora era su debilidad, su veneno. Le impidió ver la realidad, le impidió sentir la rabia, le impidió tomar las riendas de su vida.

La hermana de Julia, impotente y frustrada, vio con dolor cómo su hermana se aferraba a una mentira para proteger a un hombre que no lo merecía. Se dio cuenta de que la enfermedad que envenenaba a Julia no era solo el VIH, sino también un patrón de comportamiento, una yuca amarga que había heredado de su madre. La de poner a los demás primero, el justificar, el sufrir en silencio.

Martín, por su parte, aprovechó la justificación de Julia. Sus lágrimas, que en un principio eran de pánico, ahora eran de un alivio disimulado. Se sentía menos culpable. Y en ese acto de egoísmo,

dejó que Julia, con su corazón bondadoso, llevara la carga de la enfermedad, la carga de la verdad, la carga de la yuca podrida de su matrimonio.

Julia se miró al espejo. En el reflejo, no se veía a sí misma, sino a su madre. Los mismos ojos cansados, la misma sonrisa forzada. La vida de Julia, que ella creía haber sembrado en un terreno nuevo y fértil, no era más que una repetición de la historia que había presenciado desde su infancia. La yuca de la infidelidad, que su padre había sembrado en el matrimonio de sus padres, ahora florecía en el suyo.

Su padre, con su vida paralela, sus ausencias, sus mentiras. Su madre, que lo sabía todo, pero que aguantaba en silencio, por los hijos, por el qué dirán, por el miedo a la soledad. Julia, que había visto el sufrimiento de su madre, había jurado que su vida sería diferente. Había cultivado su propio éxito, había construido un imperio de sabores, había elegido a un hombre que, según ella, era su compañero de vida. Pero en el fondo, la yuca amarga de sus padres había echado raíces en su propio corazón.

El diagnóstico, el VIH, fue el desenlace fatal que su madre no tuvo. La enfermedad, un símbolo de la traición y la mentira, era la prueba de que el patrón se había repetido. El amor, para su padre y su madre, era una prisión. Y para ella, el amor se había convertido en una sentencia de muerte. Pero Julia, a diferencia de su madre, tenía una oportunidad. Un camino de libertad. No tenía

que aguantar en silencio. No tenía que justificar la traición. No tenía que ser una “yuca” que se dejaba podrir por dentro. Tenía una opción, una que su madre nunca tuvo: la de cortar la yuca, la de salir del pantano de la infidelidad y sembrar una nueva vida. No por sus hijos, no por el qué dirán, sino por ella misma.

La vida de Julia y Martín no era una historia original, sino la repetición de un guion familiar escrito por generaciones de infidelidad y desunión emocional. Se habían enamorado, no por lo que eran, sino por lo que representaban: el reflejo exacto de las vidas nefastas que llevaron en sus respectivos hogares. Martín, el niño que vio a un padre ausente y a una madre infeliz, creció con la convicción de que el amor no era una yuca que se cultivaba, sino un escape que se tomaba. Su trabajo como gandolero, lejos de ser una resignación, era un papel en la obra que su padre le había legado. Y las infidelidades, los amores en cada puerto, no eran un acto de maldad, sino una repetición inconsciente de un patrón que había presenciado toda su vida.

Julia, por su parte, creció en la sombra de un padre infiel y una madre sumisa. Con su corazón altruista, había absorbido el rol de cuidadora, de protectora, de la “yuca” dulce que todos querían. Su matrimonio con Martín, aunque por amor, era un acto de fe ciega en un hombre que, al igual que su padre, tenía una vida paralela. Y su compasión, esa misma que la llevó a justificar la trai-

ción de Martín, no era más que la repetición del guion de su madre, de aguantar el sufrimiento en silencio, de poner a los demás primero.

La enfermedad, el VIH, era el desenlace trágico que la vida de sus padres no tuvo. Era la prueba irrefutable de que la yuca amarga de la infidelidad, cuando no se corta a tiempo, puede envenenar no solo el alma, sino también el cuerpo. En ese momento, Julia se dio cuenta de que no tenía que ser una víctima de su pasado. Podía romper el guion, podía reescribir su historia. El amor, para ella, no sería una yuca que se pudría, sino una que se cultivaba con honestidad, con respeto, y sobre todo, con amor propio.

La historia de Julia y Martín nos enseña que las heridas emocionales de la infancia, como una yuca amarga, pueden crecer con nosotros y envenenar nuestras relaciones adultas. La falta de amor propio y la necesidad de justificar las acciones de los demás, por miedo a la soledad, son patrones que se repiten hasta que algo, una enfermedad o una traición, nos obliga a enfrentarlos. La verdadera sanación no está en perdonar a los demás, sino en perdonarse a uno mismo y cortar de raíz los patrones que nos impiden ser felices.

“En el guion familiar, el amor fue una enfermedad, y su única cura, la valentía de reescribir su final.”

Capítulo 12

A Esperanza nunca la debes perder...

*“todas las relaciones que no se construyen con
la verdad, terminan siendo amargas”*

José Miguel era un joven estudiante de administración forjado en el rigor del campo. Todos conocemos la esencia de la vida en el llano: una existencia de trabajo arduo donde la educación no solo se recibe en las aulas, sino que se mide por la fuerza de las manos. Sus padres, con el sacrificio de quienes no tienen nada que perder y todo por ganar, le entregaron lo necesario para labrarse un futuro. Como segundo de seis hermanos varones, su destino parecía escrito entre la tierra y el sudor; su vida era una yuca sembrada en la humildad.

En el extremo opuesto estaba Rosalía, una profesora universitaria que encarnaba un mundo desconocido para él. Divorciada en dos ocasiones y rodeada de las comodidades que sus rupturas le habían legado, Rosalía medía la vida por la vara de la ambición. Si José Miguel era una raíz silvestre, ella era una yuca cultivada en un jardín de lujos, pero cercada por la soledad.

El Encuentro y la Trampa del Destino

El cafetín de la universidad, impregnado del aroma a café y el murmullo estudiantil, fue el escenario de su encuentro. Él, asfixiado por apuros económicos, la invitaba a almorzar con un presupuesto que apenas alcanzaba para lo básico. Ella, en cambio, le ofrecía cenas sofisticadas en su apartamento con una generosidad que lo hacía sentir fuera de lugar. El afecto de Rosalía era un amor que se pretendía comprar; una yuca ofre-

cida a un hombre que, en el fondo, no la amaba. Los años pasaron y José Miguel alcanzó su meta profesional, pero Rosalía ya había trazado su propio plan. Temiendo la soledad, se embarazó a propósito. José Miguel, con su inocencia llanera auestas, fue la tierra fértil donde ella sembró su deseo de familia. Así nació José Andrés Santana Viloría, un niño con nombre de abuelo y estirpe de llano. José Miguel aceptó su destino con resignación, convirtiéndose en el pilar de un hogar construido sobre una estrategia y no sobre el deseo.

José Miguel no era feliz. Su relación era un compromiso forzado, una yuca sembrada a contracorriente. Sin embargo, su hijo José Andrés —y más tarde su segundo niño— se convirtieron en su ancla, el único oasis en el desierto de su existencia. Por ellos, decidió nunca dar la espalda a Rosalía, transformando sus sueños de juventud en una lista de obligaciones. Pero la farsa terminó por pudrirse. Cinco años después, en la monotonía de la oficina, José Miguel conoció a una cliente que le hizo olvidar el peso de sus cadenas. Su amor por ella fue una yuca que no se sembró, pero que floreció en el silencio de las miradas compartidas. Tras la inevitable separación de Rosalía, José Miguel se hundió en la resignación... hasta que el destino le presentó a Mariela. Ella era la mujer “perfecta” a ojos de su familia, la promesa de una vida sin manchas. Pero el pasado es una raíz difícil de arrancar.

El Reencuentro y el Huracán del Pasado

Diez años después, una llamada telefónica detuvo el tiempo: era Esperanza. Aquella mujer que él había admirado en silencio regresaba para pedirle un favor. Al verla, la década de ausencia se evaporó. En una cena llena de verdades contenidas, ella se asombró al descubrir que él aún recordaba su cumpleaños: el 27 de enero. En ese instante, José Miguel desenterró el amor que creía muerto. Sin embargo, José Miguel volvió a sembrar en jardín ajeno. Mientras planeaba su boda “perfecta” con Mariela, inició un romance clandestino con Esperanza. El resultado fue una nueva vida gestándose en el vientre de ella; una yuca creciendo en un terreno minado de mentiras. Acorralado por el miedo a perder su estatus y su futuro con Mariela, José Miguel cometió el acto más egoísta: presionó a Esperanza para que abortara.

El Contraste del Dolor

Mientras Esperanza yacía en la fría y áspera cama de un hospital, sintiendo el vacío helado en su vientre y el eco de un latido que ya no existía, a kilómetros de distancia las campanas de una iglesia repicaban con júbilo. José Miguel, vestido de blanco impecable, tomaba la mano de Mariela frente al altar. Cada brindis en la fiesta era un puñal en el corazón de Esperanza; cada promesa de amor eterno de él era una traición al alma de la mujer que, en la penumbra de una habitación hospital, pagaba el precio más alto por haberlo amado.

El Perdón y la Cosecha Final

Siete años después, Esperanza renació de sus cenizas como el ave fénix. Cultivó su propio jardín con honestidad y el amor de sus hijas. Cuando José Miguel reapareció, con el alma rota y un matrimonio convertido en infierno, ella lo escuchó llorar. Él suplicaba un perdón que no le alcanzaría la vida para pagar. Esperanza, con la serenidad de quien ya no habita en el dolor, lo perdonó, no porque él lo mereciera, sino porque ella necesitaba ser libre.

La historia de José Miguel y Esperanza nos recuerda que la felicidad edificada sobre mentiras y conveniencias es una arquitectura frágil que, tarde o temprano, se desploma. José Miguel, al perseguir una «vida perfecta» para complacer a los demás, terminó perdiéndose a sí mismo. Esperanza, en cambio, halló en el perdón y el amor propio la verdadera libertad, a pesar de la vida que se perdió. Al final, el único camino hacia una vida plena es la autenticidad; el verdadero amor no se compra ni se arrebató: se cultiva con la valentía que ambos no tenían.

“El perdón no se le da a quien lo pide, sino a quien lo necesita para seguir adelante.”

CAPITULO 13

El peso de un matrimonio por conveniencia

*“La traición duele en silencio, pero su eco
es insoportable cuando lo grita el resto del
mundo”.*

Barbara no conocía la palabra “penuria”. Su vida, desde el primer suspiro, había sido un lienzo de seda pintado con los colores de la comodidad. El dinero no era un tema, sino una presencia constante y silenciosa, como el aire que respiraba. Sus padres, que la habían criado en un mundo de lujos y privilegios, murieron dejándola huérfana, pero con una herencia más valiosa que cualquier fortuna: un apellido que, en el círculo social en el que se movía, era un pasaporte a la vida que siempre había conocido.

Albano por su parte, tenía todo lo que el dinero y el prestigio podían comprar: una posición económica envidiable, un apellido respetado y la juventud y el atractivo que abrían todas las puertas. Su vida, regida por viajes de negocios y reuniones de alto nivel, era la encarnación de la estabilidad y el éxito.

El encuentro fue orquestado con la precisión de un acuerdo de negocios. La madre de Albano, una mujer de sociedad con un ojo clínico para la conveniencia vio en Barbara la esposa perfecta para su hijo: una joven educada, con un apellido que le daba prestigio y una belleza serena que era la envidia de todas. En poco tiempo, se casaron. No era una boda de amor, sino una fusión que se complementaban.

A los pocos años, la familia creció con la llegada de cuatro hijos, que llenaron la casa de risas y juegos. La vida de Alberto se dividía entre viajes, y el calor de su hogar. Barbara, por su lado, se

ocupaba de la familia, del hogar, de las reuniones sociales con su suegra y, en fin, de mantener un estilo de vida que era la envidia de todos.

Pero detrás de esa vida perfecta, había una mujer que se había perdido a sí misma. Barbara había estudiado para ser maestra de primaria, y había dado clases por un corto período de tiempo, un recuerdo fugaz de una vocación que había sido enterrada bajo las capas de la comodidad. Después del matrimonio, su profesión se convirtió en un susurro lejano, una parte de su vida que ella había abandonado por un matrimonio conveniente. Y sin saberlo, en ese olvido de su vocación, Barbara había dejado un vacío en su vida, un vacío que la comodidad no podía llenar.

La vida, para Bárbara, era muy tranquila y predecible. Las mañanas comenzaban con el murmullo de sus tres hijas, el aroma del café recién hecho y el eco de los pasos de Albano que se preparaba para su próximo viaje. La familia, en la superficie, era una yuca perfectamente plantada, con sus raíces firmes y su apariencia impecable. Pero un día, la coreografía se rompió.

Albano regresó de un viaje con una sorpresa que no cabía en su equipaje: un bebé de apenas unos días de nacido, envuelto en una mantita blanca. Lo trajo a la sala, la misma sala donde se celebraban las reuniones sociales y se exhibía el retrato de la familia perfecta. Albano, con una voz que no admitía objeción, le confesó a Bárbara, sin un ápice de remordimiento, la verdad. Era un “des-

liz”, un fruto de su relación con una mujer de servicio en la finca, a quien no podía abandonar, le dijo que la madre había muerto en el parto y no podía desentenderse de la criatura.

Bárbara no gritó. No lloró. No hubo drama. Albano, el hombre que le había dado una vida de comodidad, le había entregado una yuca podrida que él mismo había sembrado en otro terreno. En un matrimonio de conveniencia, la conveniencia era la regla. Y en ese momento, lo más conveniente era aceptar al bebé. Lo tomó en sus brazos. El rostro del niño, tan pequeño e inocente era un espejo que reflejaba un futuro que se había torcido. La idea principal era darlo a su hermana estéril que no podía tener hijos, pero Barbara lo vio una sola noche y no pudo separarlo de que se criara lejos de sus hermanas y su padre, ella no quiso ver la traición. En ese momento, en lugar de sentir la infidelidad, sintió una oleada de compasión.

Se encariñó con el bebé casi de inmediato. Lo amó con la intensidad de un amor que le había sido negado en un matrimonio sin pasión. El niño se convirtió en el eslabón perdido de su familia, el que le dio una razón para levantarse en las mañanas. El hijo de la traición se convirtió en el hijo de su corazón. La “yuca” de su matrimonio, que por fuera parecía perfecta, estaba hueca, pero Bárbara la había llenado con un amor ajeno. Y sin saberlo, en ese acto de aceptación, estaba permitiendo que la yuca podrida de la infidelidad echara raíces en su propio jardín.

El secreto del hijo menor era una yuca toxica que Bárbara había aceptado por la sencilla razón de que la madre de esos bebe había fallecido en el parto. Había vivido con él por diez años, alimentándolo con su amor, creyendo que era el único fruto amargo de su matrimonio. Pero la vida, con su cruel sentido del humor, le tenía preparada una sorpresa aún más dolorosa.

Albano había prometido que era un “desliz”, un error de una noche, un arrepentimiento. Y Bárbara, en su ingenuidad, le había creído. Lo había perdonado en silencio, convencida de que su matrimonio de conveniencia, con su yuca hueca, era el único jardín que Albano cultivaba. La verdad, sin embargo, era mucho más compleja.

Un día, mientras Albano se encontraba en un largo viaje de negocios, Bárbara recibió una llamada de un abogado de una ciudad lejana. La voz, profesional y distante, le preguntaba sobre la herencia de su “esposo”, Albano, y sobre el futuro de “sus hijos”. Bárbara, confundida y con un nudo en el estómago, no entendía. “Mis hijos están conmigo”, dijo, con la voz temblorosa. “No hay otros”. El abogado, con una voz aún más distante, le dio la noticia. Albano, el hombre que le había entregado un hijo para que lo criara, tenía otra familia en esa ciudad, con dos hijos y una mujer que vivían una vida tan cómoda como la de ellos. Los hijos de la otra familia eran tan herederos como los de su propio matrimonio, y tenían los mismos privilegios, los mismos lujos,

la misma “yuca” que él había sembrado en dos jardines diferentes.

La vida, para Bárbara, se había convertido en un espejo roto. No solo se había enterado de que su esposo tenía una vida paralela, sino que se había enterado por un tercero, un desconocido. El dolor de la traición se duplicó, se triplicó, y se convirtió en una humillación pública. Su matrimonio no era una yuca hueca, era una plantación de yucas podridas, que él había sembrado en diferentes terrenos. El amor, para Albano, no era un compromiso, sino una inversión, una forma de tener dos familias que le dieran un sentido a su vida vacía.

El mundo de Bárbara se detuvo. La voz del abogado, seca y profesional resonaba en su cabeza, reescribiendo la historia de su matrimonio. No era solo un “desliz” de un hijo. Era una vida paralela. Un jardín de mentiras que Albano había sembrado en otra ciudad, con otra mujer y otros hijos. La “yuca” que ella creía que era suya, era una de las muchas que Albano había plantado.

El terremoto fue silencioso. Bárbara no gritó, no lloró, no lanzó objetos. En su lugar, el shock la paralizó. Caminó por la casa, la misma que se había convertido en su prisión, y vio cada rincón con nuevos ojos. La foto de la familia perfecta en la sala, el cuadro de los niños en el pasillo, el comedor donde pasaban grandes momentos. Todo era una mentira, una fachada que él había construido para engañarla.

El dolor de la traición se mezcló con la rabia de la humillación. Albano, que se había ido de viaje con la mentira en los labios, se había olvidado de que su vida perfecta, no era más que un castillo de naipes que, con un solo soplo, podía caerse. Bárbara, la mujer que había vivido a la sombra de su apellido, ahora tenía que tomar una decisión. Una decisión que cambiaría el curso de su vida y la de sus hijos. Una decisión que la obligaría a cortar la yuca podrida de su matrimonio y a sembrar un nuevo jardín, uno que fuera suyo, uno que fuera real.

El terremoto fue silencioso, pero duró cincuenta años. Bárbara, a pesar de la revelación de la vida paralela de Albano, nunca se divorció. No por amor, sino por un guion que su madre y su abuela le habían escrito. Una mujer de su posición no se divorcia. Una mujer de su apellido, con un matrimonio de cincuenta años, es la “señora de la casa”, el pilar de la familia, el pilar de un matrimonio que, por fuera, era perfecto.

Albano, con una frialdad que solo los hombres que viven una doble vida pueden tener, se fue a vivir con su última amante. Una mujer que, a diferencia de Bárbara, le había dado la libertad que él tanto anhelaba. Pasaron veintitrés años juntos, un amor silencioso que nadie cuestionaba. No tuvieron hijos. Ella no era una “yuca” que él quisiera sembrar, era un refugio. Los últimos diez años de su vida, Albano los pasó a su lado, lejos de la casa y del apellido que lo había atado. Mu-

rió de un ataque al corazón, sin remordimientos, sin explicaciones, dejando a Bárbara con una vida vacía y un legado de traición.

Los hijos del matrimonio, en su avaricia, acapararon todos los bienes económicos, dejando por fuera a sus hermanos de diferentes madres, sin tener en cuenta a Bárbara. Albano, el hombre que les había dado una vida de lujos, se desentendió de los hijos que tenía en la familia paralela, y nunca se preocupó por ellos. El dolor de Bárbara se duplicó, al darse cuenta de que Albano era un hombre sin corazón, incapaz de amar a nadie, ni siquiera a sus propios hijos.

Bárbara, que había vivido a la sombra de Albano por cincuenta años, se dio cuenta de que su matrimonio no era una yuca que la había alimentado, sino una que la había marchitado. Ahora, con casi ochenta años, Bárbara está sola. Financieramente bien, pero sola. Viaja, come sola en los mejores restaurantes, puede darse muchos lujos que antes no lo hacía por ahorrarle el dinero a su esposo. Por primera vez en su vida, siente la libertad. Pero es una libertad amarga. Aprendió que la vida no es un guion que te escriben, sino uno que tú tienes que escribir. Que la felicidad no se mide por la comodidad, sino por la honestidad. Y que la yuca del amor, si no se cultiva con pasión y con la verdad, solo puede dar un fruto amargo.

Para el mundo, Barbara era la perfecta “señora de la casa”, un florero elegante en una casa de cristal. Pero detrás de la fachada de tranquilidad,

se escondía un corazón de oro, un corazón que había heredado de una familia que le había enseñado a tolerar el dolor en silencio. Su juventud, que debió haber sido un lienzo para su pasión por la enseñanza, se había desperdiciado en un matrimonio que le dio un apellido y una posición, pero le robó el brillo.

Se dedicó, con una devoción casi santa, a criar a sus tres hijas biológicas y al hijo del “desliz”. No los separó. No hizo distinciones. Los amó a todos con la misma intensidad, con la misma ternura, con la misma disciplina. Se preocupó más por el bienestar de sus hijos ajenos que por el de ella misma. La “yuca” que había sembrado en ese jardín de mentiras no era solo para ella, era para ellos, intentando llenar los vacíos que su propio matrimonio dejaba.

refugió aún más en su silencio, en su estoicismo aprendido. Su corazón, ya herido, se cubrió de una coraza de resignación, soportando en silencio el peso de sus pérdidas y la crueldad de su marido. Su dolor era un silencio que nadie se atrevía a romper. Albano, sin embargo, no fue un fantasma que entraba y salía de la casa. Él vivía con su última amante, Mariana. La visitaba semanalmente, llevándole un cheque y los suministros para que nunca le faltara nada. Era su manera de tener una conciencia limpia, de pagar por la yuca podrida que había sembrado en su matrimonio. Mariana, que había vivido a la sombra de Albano por veintitrés años, era una yuca que se había

sembrado en un jardín de mentiras. Al igual que Bárbara, ella lo había tolerado, lo había justificado, lo había amado, pero por la misma razón que Bárbara: la comodidad. La vida de Mariana, que por fuera parecía una vida de amor y pasión, era una vida de resignación. La yuca que Albano le había dado era una yuca que se había podrido con el tiempo, Mariana merece ser contada en el siguiente capítulo.

Y así vivieron por años. Bárbara, la mujer que había vivido a la sombra de un apellido, y Mariana, la mujer que vivía a la sombra de ser la amante. Dos mujeres, en diferentes jardines, cultivando la misma yuca podrida, la misma yuca que Albano había sembrado. Y cuando él murió, el dolor no fue solo de una familia, sino de ambas. Y Mariana, la mujer que había sacrificado su vida también por Albano, se quedó solo con lo justo para vivir y con el corazón dañado por los 23 años desperdiciados, pero de Mariana les cuento luego.

Ahora, con casi ochenta años, Bárbara está sola en una libertad amarga. Aprendió que la vida no es un guion que te escriben, sino uno que tú tienes que escribir. Que la felicidad no se mide por la comodidad, sino por la honestidad. Y que la yuca del amor, si no se cultiva con pasión y con la verdad, solo puede dar un fruto amargo.

La historia de Bárbara y Albano nos enseña que el verdadero valor de la vida no reside en la apariencia ni en la comodidad, sino en la honestidad de un amor cultivado con la verdad. Nos mues-

tra que la yuca del matrimonio, si se siembra por conveniencia o se riega con mentiras, inevitablemente se pudre por dentro, sin importar lo perfecta que parezca por fuera. La lección más amarga es que vivir una vida prestada, basada en un guion familiar de resignación, puede dejarnos, al final del camino, con un corazón marchito y la amarga libertad de haber descubierto, demasiado tarde, que el único jardín que debimos cuidar era el propio.

Ahora continuamos con Mariana, el personaje que quizás a estas alturas estas odiando, aunque tampoco te pido que la ames, al menos compréndela.

“Que la comodidad no te robe la valentía de cultivar tu propio jardín.”

CAPITULO 14

Comprendiendo a Mariana...

La Raíz de la Falsa Tranquilidad.

Mariana Piedad como fue bautizada por sus padres, no conocía el asfalto. Nació en los páramos de Cabimbú, en el corazón de la montaña, en una pobreza tan profunda que sus padres, acostumbrados a ella, no la notaban. Su vida era un eco de la naturaleza, un ciclo de tejer esterillas con las manos y sembrar apio en la tierra. Era una niña linda y alegre, con un espíritu indomable que no se conformaba con la vida que le habían dado. Soñaba con un mundo más allá de la montaña, un mundo que no estuviera regido por la dureza de la tierra.

Su escuela, la única ventana a ese mundo que ella anhelaba, estaba a dos horas de camino. Dos horas de ida, y dos de regreso. Un camino de tierra y piedras, un camino lleno de peligros. Un día, el peligro se convirtió en una pesadilla. Vio, con sus propios ojos, cómo violaban a su hermana mayor en el camino. Vio el miedo en sus ojos, la impotencia en su rostro. Pero se obligó a callar, a tragar su grito, porque sabía que, si hablaba, no la dejarían ir más a clases. La yuca de la violencia se había sembrado en su corazón, un veneno que la envenenaba en silencio.

La pobreza y la violencia marcaron su infancia, la amargaron. Y un día, a los 14 años, Mariana, que ya no era una niña, sino una mujer con un alma herida decidió que no aguantaría más. Empacó lo poco que tenía, un par de vestidos, un poco de dinero que había ahorrado, y se fue. Se fue sin mi-

rar atrás, sin despedirse. Dejó la yuca de su vida en la montaña, esperando que se pudriera con el tiempo. Y se fue a la ciudad, a la jungla de asfalto, a sembrar una nueva yuca, una que fuera suya, una que la librara de la pobreza y de la violencia.

Marianita, con sus 14 años y su alma herida, llegó a Maracaibo. El calor, la gente, el bullicio... todo era un mundo nuevo para ella. Encontró trabajo en la casa de una familia adinerada, un palacio de mármol y de oro. En ese hogar, Marianita se deslumbró con la comodidad que se escondía detrás de cada puerta, con la vida que se vivía en ese mundo que ella no conocía. Su trabajo era arduo, pero ella lo hacía con la dedicación de una persona que busca algo más que un salario. Limpiaba, cocinaba, lavaba... Aprendió los oficios de la casa, y se convirtió en una experta en el arte de la alta cocina. Pero a cambio, tuvo que renunciar a su educación. El sueño de ir a la escuela, de lograr ser alguien en la vida como ella misma escuchaba decir a los adultos, se desvaneció, se convirtió en un recuerdo lejano, un susurro en la noche. Mariana a duras penas había llegado a cuarto año de primaria, pero aprendió a leer y escribir muy bien. Al menos ya no se acostaba sin comer y ya no le preocupaba si tuviese ropa limpia y seca para ponerse.

Marianita se vio reflejada en la vida de esa familia. En el amor que se daban entre ellos, en el respeto, en la honestidad. Y ella, con su corazón de niña, se prometió que algún día, su vida sería

como la de ellos. Se esforzó, trabajó sin descanso, y ahorró cada centavo que le daban.

Mariana Piedad, con la determinación que le había permitido escapar de las montañas, sintió que la casa de la familia adinerada, aunque cómoda, era otro tipo de prisión. Quería más. Quería que sus manos, expertas en los sabores aprendidos, tuvieran la libertad de crear. Renunció a la seguridad de su empleo y, con el poco dinero que había ahorrado, se aventuró a buscar trabajo en los restaurantes de Maracaibo.

Su talento era innegable. Encontró un puesto como ayudante de cocina en un restaurante modesto, pero rápidamente sus habilidades culinarias comenzaron a destacar. Su pasión y su dedicación eran evidentes en cada plato que preparaba. No tardó mucho en ascender, primero a cocinera y luego a jefa de cocina. Había logrado su objetivo: lideraba un equipo, creaba menús, y sus creaciones deleitaban a los comensales.

Sin embargo, la sombra de su falta de educación formal la perseguía como una condena. Su salario, a pesar de su talento y su arduo trabajo, era considerablemente más bajo que el de otros jefes de cocina con títulos. Ella cobraba como la señora que lavaba platos. La “yuca” de su esfuerzo sabía a gloria, pero también a injusticia. Sentía que había escalado la montaña con sus propias manos, solo para encontrarse con un muro invisible que su falta de estudios le impedía superar por completo.

A pesar de la frustración, Mariana no se rindió. Sabía que su talento era su mejor carta de presentación, y continuó trabajando con la misma pasión, aprendiendo cada día, perfeccionando sus habilidades. La yuca de su vida, aunque con un sabor amargo, seguía nutriéndola, dándole la fuerza para seguir adelante, con la esperanza de que algún día, su talento fuera suficiente para romper todas las barreras y sabemos que es más difícil para alguien menor de edad, sin estudios y en tierras lejanas a las suyas.

En el bullicioso ambiente del restaurante, entre el aroma a especias y el murmullo de las conversaciones, Marianita conoció a Ricardo. Él era un cliente habitual, un hombre de mediana edad con una sonrisa encantadora y palabras suaves que parecían tejidas con seda. Ricardo se fijó en la dedicación de Marianita, en la pasión que emanaba de sus ojos cuando hablaba de cocina. Comenzó a cortejarla con detalles sencillos pero significativos, halagando sus platos y dedicándole miradas que la hacían sonrojar.

Para Marianita, que había vivido una vida de carencias afectivas, la atención de Ricardo era como un rayo de sol en un día nublado. Él hablaba de ella con admiración, reconociendo su talento y su esfuerzo. Le prometió un futuro diferente, lejos de la exigencia de la cocina de un restaurante donde su trabajo no era valorado económicamente. Le propuso irse con él a Villa de Cura. Le dijo que allí, en su tierra, él le montaría su propio

local de comida, un lugar donde ella podría ser dueña de su destino y donde su talento florecería sin limitaciones.

Marianita tenía solo 17 años. Era joven, vulnerable y anhelaba una vida mejor. La soledad de no tener familia y la dureza de su pasado la hacían susceptible a las promesas de Ricardo. Villa de Cura sonaba como un paraíso, un lugar donde finalmente podría sembrar su propia yuca en tierra fértil. Sin conocer las sombras que se escondían detrás de la sonrisa de Ricardo, sin sospechar las mentiras que se tejían en sus palabras, Marianita accedió. Con la ilusión de un futuro brillante, dejó Maracaibo y se fue con él, dejando atrás la cocina que tanto amaba, por la promesa de una vida mejor, pero Ricardo no era nada de lo que aparentaba, vivía con su familia para la edad que tenía y se pasaba de tragos constantemente.

La realidad de Villa de Cura no era un paraíso, sino una jaula. Ricardo no era el príncipe que había pintado, sino un hombre que vivía bajo el mismo techo que su familia, a pesar de su edad. La promesa de un local de comida propio era una farsa, una mentira que había usado para llevar a Marianita engañada, las mismas mentiras que usaban las personas para llevarse a las muchachas de los campos para trabajar en las ciudades explotándolas, sin sueldos dignos solo con darles cama y comida.

La fachada de su encanto se desmoronó, revelando a un hombre con una adicción al alcohol que lo

convertía en un ser violento. Las palabras de amor se transformaron en insultos, y las caricias en empujones. El paraíso que le había prometido se convirtió en un infierno de maltratos físicos y emocionales.

Atrapada en un mundo de mentiras y violencia, se encontró sola, sin dinero, y sin un lugar a donde ir. La “yuca” de su vida, que ella creía que había sembrado en un terreno fértil, ahora estaba podrida por la traición. Embarazada dos veces, se sintió una prisionera en su propio cuerpo. La tristeza la invadió, la esperanza se desvaneció, y en el fondo de su corazón, un nuevo sabor creció: el sabor de la resignación, el sabor amargo de un amor que se había convertido en un veneno.

Con sus dos hijas de la mano, Mariana huyó del infierno de Villa de Cura. Dejó atrás a Ricardo, a su familia y a la vida que él le había prometido. Su destino era el Zulia, un lugar lejano, donde tenía un familiar que apenas conocía. La “yuca” de su pasado, amarga y podrida, se había quedado atrás, pero la incertidumbre del futuro pesaba sobre sus hombros.

Llegó a la casa de su familiar, un lugar modesto, pero lleno de calidez. Le dio un hogar, un refugio, y un trabajo. Mariana se convirtió en la cocinera de una familia, y su vida, que parecía haberse desmoronado, comenzó a reconstruirse. En ese hogar conoció a Esmeraldo, un hombre extranjero que había llegado hacia veinte años a Venezuela escapando del hambre que dejó la guerra.

Esmeraldo era un hombre amable, honesto, y con una mirada profunda que le recordaba a la tierra de dónde venía. A pesar de que Marianita tenía dos hijas, él se enamoró de ella. No vio en ella a una mujer con un pasado, sino a una mujer con un corazón de oro, con un espíritu de lucha y con una fuerza que lo impresionó. La “yuca” de su vida, que había sido pisoteada y olvidada, ahora era vista como una raíz fuerte y saludable que había sobrevivido a la adversidad.

Marianita, que había sido traicionada por Ricardo, se enamoró de Esmeraldo. Él era un hombre amable, generoso, bastante mayor, pero a ella eso no le importó, la trataba con un respeto que ella nunca había conocido. La “yuca” de su vida, que había sido pisoteada y abandonada, parecía estar floreciendo de nuevo. Pero la yuca de Esmeraldo, que parecía dulce y nutritiva, tenía una raíz podrida, un secreto que él había ocultado: lejos, en Lara, tenía una esposa y unos hijos.

Un día, cuando Marianita, embarazada de su tercera hija, se enteró de la verdad, el mundo se le vino abajo de nuevo. La “yuca” de su vida, que parecía perfecta, estaba hueca. Con el corazón roto y el alma herida, agarró a sus dos hijas y huyó. Se escondió de Esmeraldo, que la buscó por mucho tiempo. El amor que sentía por él se convirtió en un veneno, y la vida que le había prometido, en una pesadilla. Esmeraldo, al final, se cansó de buscarla y regresó a Lara, y Marianita se convirtió en una sombra en su pasado.

Con tres hijas que mantener y sin un lugar a donde ir, Marianita se vio contra la espada y la pared. Fue entonces cuando conoció a Albano, el esposo de Bárbara. Albano, que vivía una vida de engaños, le ofreció trabajo de cocinera en su finca. Con el tiempo, la soledad y la soledad los unió. Y en un acto de compasión que no se explicaba, Bárbara, la “señora de la casa”, acogió a las hijas de Marianita, a pesar de que Mariana era una “yuca ajena” y casi de la misma edad que su hija mayor.

Mariana se ganó el afecto de Bárbara con la misma naturalidad con la que se había ganado el cariño de sus hijas. Había una honestidad en sus ojos, una humildad en su espíritu, que Bárbara, cansada de las apariencias y las mentiras de su mundo, encontró refrescante. La “yuca” de la soledad que Bárbara había cargado por años se sintió menos pesada con la presencia de Mariana. Y en un acto de compasión que no se explicaba, Bárbara la acogió, le dio un lugar en su hogar, y le abrió las puertas de su corazón.

Bárbara, ajena al drama que se estaba desarrollando bajo su propio techo, veía a Mariana como un alma gemela, una mujer que había sufrido las traiciones de la vida y que, al igual que ella, tenía un corazón altruista. Hablaban por horas de la vida, del amor, de las decepciones. Bárbara, en un acto de honestidad que no había tenido con Albano, le contó a Mariana la historia de su vida, la yuca amarga que había sembrado en un ma-

trimonio sin amor, el dolor de la infidelidad y la humillación. Mientras tanto, en la finca, Albano y Mariana, entre el aroma de la tierra y el silencio de la soledad, se enamoraron. Él, un hombre acostumbrado a la infidelidad se encontró con un amor puro y sincero, un amor que no tenía el sabor de la conveniencia, sino el sabor de la verdad. Y Mariana, que había sido traicionada y humillada, encontró en Albano un refugio, un hombre que la veía por lo que era, con sus hijas y su pasado, y que la amaba a pesar de todo. La “yuca” de su vida, que parecía haber muerto, comenzaba a florecer de nuevo, pero en un jardín que no le pertenecía. Y sin saberlo, en el acto de amar a Albano, estaba traicionando a la única mujer que le había tendido la mano, a la mujer que, en su ingenuidad, había abierto su hogar a la persona que le robaría el amor de su esposo.

Mariana, con sus hijas al cuidado de la mujer que la había acogido, se adentró en un mundo que nunca había soñado. Vivía en la finca con Albano, en un jardín de comodidad que no le pertenecía. La “yuca” de su vida, que había sido cultivada con la honestidad de una mujer que había sufrido, se había podrido, se había convertido en un instrumento de su propia conveniencia. Mientras Bárbara, en su ingenuidad, cuidaba a las hijas de Mariana, la amante de su esposo, Mariana disfrutaba de la vida que le había dado Albano.

La verdad, como una tormenta que se acerca, no tardó en explotar. Cuando Bárbara se enteró de

la traición, el mundo de Mariana se desmoronó. Pero Albano, con su pragmatismo y su frialdad, no la abandonó. La sacó de la finca, la instaló en una casa propia y le creó un negocio para que nunca más tuviera apuros económicos. La “yuca” de la comodidad de Mariana se había convertido en un plato principal.

Pero esa vida tuvo un alto costo. El costo de mentir, de soportar el peso de ser la amante, el costo de ser un instrumento ciego para Albano. Se convirtió en la sombra de su vida, la mujer que siempre estaría en segundo plano. La “yuca” que ella creía haber sembrado con su propio esfuerzo, era en realidad un fruto podrido que había robado. Y en ese acto de traición, se quedó con Albano hasta el último suspiro, por veintitrés años.

Mariana, la niña que había soñado con un mundo más allá de la montaña, se había convertido en una mujer que vivía en una jaula. El brillo de la ciudad, y la comodidad de la finca y de su vida no pudieron llenar el vacío que sentía en su corazón. Se había olvidado de los sueños de Cabimbú, de su deseo de superarse, de la niña que había caminado dos horas para ir al colegio. Esa “yuca” de su infancia, que era tan fuerte y llena de vida, se había marchitado con el tiempo.

El precio de su comodidad fue la pérdida de su alma. No se perdonaba a sí misma por tomar una y otra mala decisión, por haber cambiado la honestidad de una vida simple por la mentira de una

vida desahogada. Se sentía frustrada, atrapada en un ciclo de autodestrucción. Y en ese ciclo, se alejó de sus hijas. No les enseñó a sembrar su propia yuca, no les dio las herramientas para que fueran mujeres fuertes y autosuficientes. Se convirtió en una madre ausente, un fantasma que vivía bajo el mismo techo, con un aplanamiento afectivo que la hacía incapaz de sentir.

Sus hijas, que habían visto en Bárbara un modelo de fortaleza y un corazón de oro, se distanciaron de ella. Bárbara, sin saberlo, se convirtió en la madre que ellas no tenían. Y Mariana, que había tomado muy mala decisión en el amor, ahora veía cómo les robaban a sus propias hijas. La “yuca” de su vida, que parecía perfecta por fuera, se había podrido por dentro. Perdió su salud, su belleza, la alegría que la había caracterizado en la montaña, y el cariño de sus hijas. Se había convertido en una mujer que, a pesar de tenerlo todo, no tenía nada.

La historia de Mariana nos enseña que la felicidad no se encuentra en el atajo de la comodidad, sino en el largo camino de la honestidad y el amor propio. A pesar de haber escapado de la pobreza y la violencia de su infancia, Mariana se perdió a sí misma al elegir vivir una vida prestada, basada en la mentira y la conveniencia. La verdadera tragedia de su historia no fue la pobreza que dejó atrás, sino la pérdida de su propia esencia, de sus sueños y de la conexión con sus hijas. Hoy en día, ella vive sola, consumiéndose en su propio odio y guerra interna, un recordatorio de que no importa cuán dulce parezca la “yuca” que nos ofrece el mundo, si no la cultivamos nosotros mismos con la verdad, siempre tendrá un sabor amargo.

*“Mariana descubrió que el atajo a la
felicidad era una yuca que solo sembraba
amargura.”*

*“El Amor es como la yuca: la verdadera
fortaleza no es encontrarla perfecta, sino la
valentía de cultivarla con la verdad.”*

Contenido

Prólogo	9
CAPITULO 1:	
Apariencias	11
CAPITULO 2:	
De alimento a veneno	29
CAPITULO 3:	
Bajo la mascara del amor	41
CAPITULO 4:	
El amor fugaz	51
CAPITULO 5:	
La cosecha	57
CAPITULO 6:	
El Jardín de las Raíces Podridas	65
CAPITULO 7:	
La Yuca que sabe a Pasado	75
CAPITULO 8:	
Yuca Brava y Amor Tímido	83
CAPITULO 9:	
Un amor que asfixia	95
CAPITULO 10:	
El precio de una vida compartida	109
CAPITULO 11:	
El Precio de la Infidelidad	125
CAPÍTULO 12:	
A Esperanza nunca la debes perder...	141
CAPITULO 13:	
El peso de un matrimonio por conveniencia	147
CAPITULO 14:	
Comprendiendo a Mariana...	159

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 12 días del mes de enero de 2026, el mismo día pero de 1943 en que nació Germán Guillermo Ávila Sandoval (murió en Houston, Estados Unidos, el 6 de mayo de 2016). Músico (cantante). Conocido como El Látigo, destacó como solista gaitero con Estrellas del Momento (1962); Cardenales del Éxito (1963-1969 y 1996), con los cuales logró imponer La botellita y Trigueña hermosa, y cantó a dúo con Ricardo Aguirre; con Saladillo R.Q. (1971) se escucharon Gaita entre ruinas, Frente a frente, Mi llano, Plaza Baralt; y con Rincón Morales (1981-1987) fue exitosa Gaita gaita y Popurrí 1 (1983); VHG (1989 y 1995) con las gaitas La voz de la gaita, de William Atencio, y De Carabobo a Cararabo, de Wolfgang Romero y Leandro Zuleta, que llegó a ser prohibida por su contenido contestatario. También ha formado parte de la Universidad de la Gaita, donde se iniciaría su hijo Germán Ávila Jr.; La Gran Montonera (1990); Gaiteros del Empredado (1991); Tropicales del Éxito (1998); Estrellas del 2000 (1999) y Los Colosales de Ricardo Cepeda (2001). Más tarde, conformó su propia agrupación denominada Los Parranderos del Látigo. Fue presidente del Instituto Municipal de la Gaita Ricardo Aguirre (1993). Logró imponer temas como: Imploración, La esquina del recuerdo, Gloriosa Chinita, El cofre, Palomita negra, Nació un saladillero, Las lecciones de Bolívar, Nostalgia de un zuliano, Las tiendas de mi barrio, Amor a mi Chinita, Reencuentro, El creyente, El pozón, La avispa, Dámele otra vez, Zapateando, Parranda y son, La esquina del recuerdo, Se muere un zuliano, Mi danza, Ana María y El Negro y La ley seca. Murió en el Hospital de Houston, Estados Unidos, el viernes 6 de mayo de 2016, a las 3:00 de la madrugada, tras ser hospitalizado de emergencia en febrero de ese año, luego de sufrir complicaciones renales y cardiovasculares, en su larga batalla contra la diabetes. Sus restos fueron trasladados a Maracaibo el día 13 de mayo del mismo año, donde fueron recibidos con emotivos homenajes. Se mantuvieron en capilla ardiente en el salón parroquial de la Basílica de Chiquinquirá hasta el día 15, donde hicieron guardia de honor amigos, compositores y solistas gaiteros, así como fue homenajeado por la alcaldesa de Maracaibo y la Gobernación del estado Zulia, otorgándole esta última la Orden Relámpago del Catatumbo post mortem, luego en un recorrido por el sector El Pozón y Santa Lucía, el pueblo zuliano se despidió del gran cantor. Sus cenizas reposan en el cementerio Corazón de Jesús.